

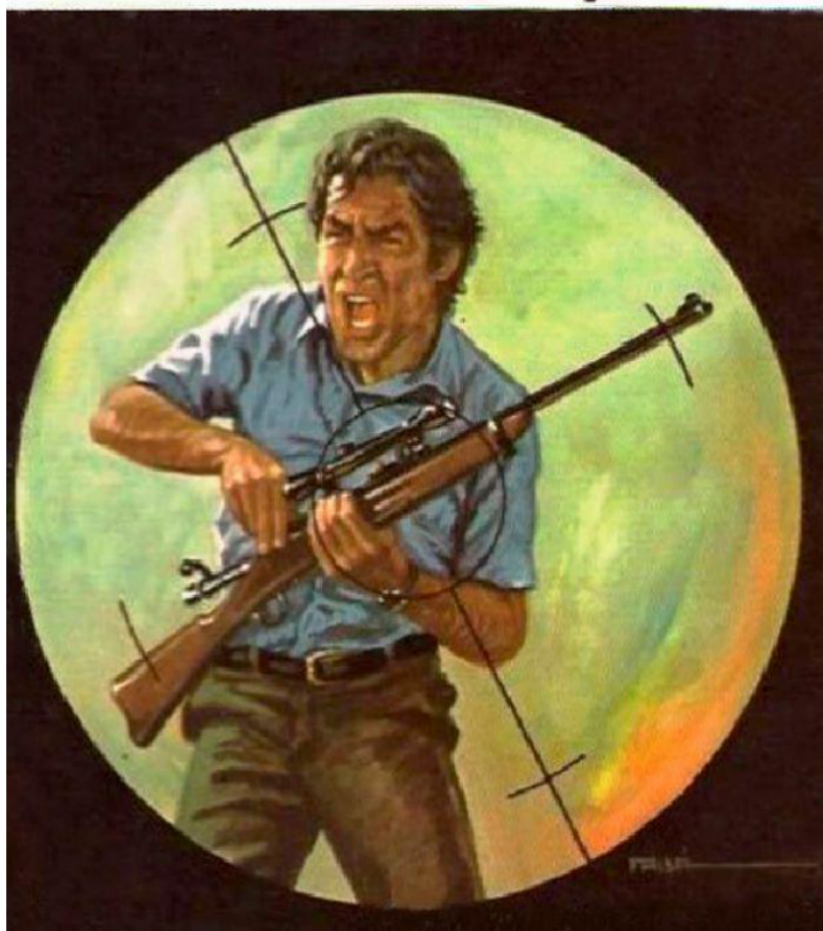
BOULEVARD BRUGUERA

PUNTO

ROJO

LA MUERTE SE ADELANTA

Ray Lester



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



RAY LESTER

LA MUERTE SE ADELANTA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 825
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 46.935 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: febrero, 1978

© Ray Lester - 1978

texto

© Salvador Fabá - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección KANSAS:

777. — Los cadáveres no disparan.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.034. — Valle Irlanda.

En Colección COLORADO:

878. — Hembras maliciosas.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

367. — Raza mexicana.

En Colección SALVAJE TEXAS:

907. — Los diablos de Coyame.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

274. — El blanco, el negro... y la nena.

En Colección PUNTO ROJO:

799. — Sabueso provisional.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.377. — Cazadora de espías.

CAPÍTULO PRIMERO

—Ven a mi despacho que quiero presentarte a una persona, Booth.

El teniente Booth Sargent levantó al mirada del teclado que estaba aporreando sin misericordia y la posó en el capitán Mathews que se hallaba detenido delante de su mesa.

Observó las arrugas de preocupación en la frente de su jefe y empezó a protestar:

—Escucha, Warren, si es que uno de esos malditos picapleitos ha vuelto a presentar denuncia...

—No es eso —lo atajó con un ademán el capitán Warren Mathews—. Esta vez no vamos a discutir tus brutales métodos con el abogado de un individuo detenido por ti.

Booth Sargent escrutó unos instantes al capitán.

—Vas a encargarme de otro asesinato, ¿eh?

—Tampoco se trata de eso, Booth —negó Mathews moviendo la cabeza—. Es algo de mayor envergadura.

El teniente dejó escapar un gruñido.

—¿Y cuándo infiernos se descansa en este departamento, Warren? Me he pasado casi una semana sin dormir con el último asunto.

—Eres joven y fuerte, Booth.

—Pero todos los esqueletos tienen un límite, caray. Mi médico quiere recetarme vitaminas.

—Vamos, hombre —esbozó una sonrisa Mathews—. Ordena a Peter que termine ese informe y ven conmigo.

Booth Sargent se incorporó dejando escapar un resoplido. Llamó haciendo un ademán al agente Peter Brooks y le dio instrucciones para que acabase el informe que tenía a medio redactar.

Luego siguió al jefe del departamento.

Tan pronto entraron en el despacho del capitán Mathews sintió

Sargent que la sangre galopaba desenfrenadamente por sus venas. Su mirada quedó prendida en las espléndidas piernas femeninas. Estaban cruzadas con naturalidad, pero el borde de la falda quedaba muy por encima de las torneadas rodillas.

Tardó más de lo correcto en levantar los ojos y repasar el resto anatómico de la fémina.

Entonces vio a una rubia despampanante.

A pesar de hallarse sentada se le adivinaba un cuerpo venusino y sus pupilas eran dos enormes esmeraldas. Dos esmeraldas engarzadas en un bello rostro de labios gordezuelos y nariz ligeramente respingona que le confería un encanto especial. Un verdadero cromo que permaneció en su asiento contemplándolo con una mezcla de ironía y curiosidad.

Le calculó Sargent unos veintiséis años. Muy bien aprovechados.

El capitán Mathews se encargó de sacarlo del paraíso mental en que se estaba metiendo:

—Te presento a Lorraine Cather, Booth. Éste es el teniente Booth Sargent, señorita Cather.

La bella esbozó una leve sonrisa a modo de saludo.

Booth Sargent sacudió la cabeza dejando a un lado las lucubraciones eróticas y aplicando un suave codazo a su jefe murmuró en tono lleno de envidia:

—Tienes chamba para encontrar amiguitas, ¿eh, Warren? El capitán endureció el semblante.

—Otra broma y te mando a dirigir el., tráfico, Booth.

—Eh, Warren...

Mathews lo cortó con un seco ademán.

—La señorita Cather se encuentra aquí por un asunto de vital importancia, Booth. Le han robado la cámara fotográfica.

El teniente Sargent no pudo reprimir un respingo de sorpresa y se quedó mirando perplejo a su jefe.

—No me digas.

—Ésa es la causa principal, Booth.

Sargent se giró a la rubia y enseñándole los dientes, aseguró sarcástico:

—No ha podido caer en mejor sitio, nena. Recuperar su cámara será un juego de niños comparado con atrapar asesinos. Es como si ya la tuviera en su poder.

El capitán Warren Mathews inspiró aire con fuerza.

—¿Quieres callarte de una vez, Booth?

—Dime antes una cosa, Warren.

—¿El qué?

—¿Pertenece a homicidios o resulta que me he pasado con la cerveza en el almuerzo?

Lorraine Cather intervino por vez primera en el diálogo:

—¿Por qué no le explica al teniente Sargent todo el asunto, capitán? Empezando por el principio.

—Eso es —cabeceó Booth afirmativamente—. Deberías explicármelo todo, Warren.

—Está bien —resolló el capitán—. Toma asiento, Booth.

—Me encuentro bien derecho.

—Y además tiene una visión perfecta de mis piernas —sonrió Lorraine Cather—. Si se sienta no podrá contemplarlas.

Sargent ni siquiera acusó la indirecta de la bella mujer. Encogió los hombros y mirándola recto a los ojos, respondió:

—Es idiota perderse un espectáculo gratuito, ¿no?

—Ya está bien —terció soltando un gruñido Mathews—. O tomas asiento enseguida o...

—Me mandas a dirigir el tráfico.

Sin dejar de sonreír se sentó Booth de forma que pudiera seguir admirando las bien torneadas extremidades femeninas. Pero el capitán se pegó una fuerte palmada en el pecho y rugió:

—Es a mí a quien tienes que mirar, Booth.

—Te tengo muy visto, Warren.

Mathews crispó los maxilares, lívido de rabia.

—Si no fuera porque te vamos a necesitar... —hizo una pausa y conteniendo la furia interior que sentía, empezó a decir—: En primer lugar voy a poner en tu conocimiento que la señorita Lorraine Cather pertenece al Servicio de Inteligencia.

Sargent echó una ojeada a la muchacha resistiéndose a creer lo que estaba escuchando.

A continuación comentó irónico:

—Siempre imaginé que en Inteligencia sólo habían tipos engreídos con rostros patibularios y aspecto de gorilas amaestrados. No podía sospechar que tuvieran en plantilla a monumentos...

Warren Mathews descargó un puñetazo en la mesa y sus ojos

despidieron chispas.

—Te estás pasando, Booth —silabeó siniestro—. Límitate a escuchar y empieza a tomarte el asunto en serio, maldito seas mil veces. ¿Tan difícil te resulta dejar de parecer un matón barriobajero?

Hubo un silencio.

El teniente Sargent sacudió la cabeza en sentido afirmativo porque conocía el límite al que podía llegar bromeando con su jefe y amigo. Por eso abandonó todo indicio de ironía y dijo en todo grave:

—Soy todo oídos, Warren.

El capitán emitió un suspiro.

—Supongo que sabes quién es George Brandeis, ¿no?

—¿Quién no conoce al canalla de Geo? Trafica en drogas, joyas, mujeres... Dicen que envió a su propia hermana a un prostíbulo de Shangai. Cualquiera federal daría gustoso la paga de seis meses por lograr pruebas contra ese individuo.

—Pues el caso está directamente relacionado con Brandeis, Booth. Sargent arqueó las cejas.

—Nosotros no somos federales, Warren.

—Han solicitado nuestra colaboración, muchacho. No podemos negarnos a echarles una mano.

—Ya —asintió Sargent—. Y según parece el robo de la cámara a la señorita Cather está relacionado con el asunto.

—En efecto.

La joven intervino dirigiéndose al teniente:

—Puede llamarme Lorraine y yo lo llamaré Booth. Puesto que vamos a colaborar...

—De acuerdo —accedió Booth—. Ahora supongo que seré puesto al corriente de la relación que existe entre el robo de la cámara y ese canalla de Brandeis.

—Ten un poco de paciencia y déjame continuar —pidió el capitán Mathews—. En primer lugar te diré que a San Francisco llegaron documentos muy comprometedores para Brandeis. Procedían de Hong Kong y pueden ser las pruebas definitivas para acabar de una vez por todas con las actividades de ese miserable.

—¿Y a qué esperan los federales? Supongo que desde San Francisco habrán enviado esos documentos a Nueva York. Desde

esta ciudad se dirigen todos los negocios de Brandeis.

—Así es, Booth. Sin embargo los federales no pueden actuar todavía contra Brandeis.

—¿Por qué?

—Ha surgido un problema imprevisto.

—¿Qué tipo de problema?

—Resulta que se han perdido esas pruebas. Sargent boqueó asombrado.

—¿Que se han perdido...?

—Eso es, muchacho —movió afirmativamente la cabeza el capitán—. El inspector Wheeler de San Francisco temió que esos documentos no llegaran a Nueva York si los enviaba por el conducto habitual. Brandeis conoce la existencia de esas pruebas y ha movilizó a todos sus asesinos para recuperarlas. Por eso decidió Wheeler utilizar un viejo truco. Simuló que dos agentes se encargaban de traerlas, pero en realidad venían con la señorita Cather. Ella viajaba como una vulgar turista y traía esos documentos dentro de su cámara fotográfica.

Booth Sargent dirigió una breve ojeada a la chica y luego compuso una mueca.

—Pero el truco falló, ¿eh? Geo Brandeis ha vuelto a demostrar que es un tipo listo. Mathews negó con la cabeza.

—No.

—¿Cómo que no? Estás diciendo que a Lorraine le han robado la cámara con las pruebas.

—En efecto —concedió Mathews—. Se la quitaron en el vestíbulo principal del aeropuerto. Fue en un barullo que se armó y que todavía ignoramos si fue accidental o provocado. Sin embargo estamos convencidos de que Brandeis no ha tenido nada que ver en el robo de la cámara.

Sargent chasqueó la lengua.

—¿Cómo podéis estar seguros de eso?

Warren Mathews desvió la mirada a la rubia y aclaró ésta:

—Los dos agentes que presuntamente traían los documentos han sido asesinados. Y el hecho ha ocurrido cuatro horas después de que la cámara desapareciera. De haber tenido Brandeis esos documentos en su poder no hubiera asesinado a los dos agentes.

Hubo un nuevo silencio y acabó rompiéndolo el joven:

—¿Qué conclusión habéis sacado de todo lo ocurrido? Esta vez se encargó el capitán Mathews de responder.

—La cámara le fue robada a Lorraine por un simple ratero de los muchos que pululan en la terminal del aeropuerto. No hay otra explicación lógica. Estamos seguros de que ese ratero ni siquiera sabe la importancia de lo que tiene entre las manos.

—Puede haberla vendido ya a cualquier prestamista.

—Eso hay que averiguarlo.

El teniente Sargent sacudió la cabeza riendo con acritud.

—Empiezo a entrever en qué consistirá mi trabajo.

—Nadie como tú conoce a los hampones de los bajos fondos neoyorkinos, Booth —aseguró Mathews—. Me consta que te tienen un miedo cerval y por lo tanto eres la persona idónea para la misión. Tenemos que encontrar ese ladrón cueste lo que cueste.

Sargent miró fijamente a su jefe.

—¿Quiere eso decir que tengo carta blanca?

—En efecto —concedió el capitán tras pensarlo brevemente—. Procura no pasarte, pero deseo que esos documentos sean recuperados lo antes posible.

Booth Sargent asintió.

—Haré todo lo posible por encontrarlos.

El capitán Mathews carraspeó ligeramente.

—Otra cosa, Booth.

—¿Qué?

—Lorraine Cather te acompañará.

—¿Adónde?

—Quiero decir que irá contigo durante la investigación.

El joven arrugó el ceño y clavó la mirada en su superior.

—No me gusta eso de que la chica venga conmigo, Warren —empezó a decir receloso—. Me conoces y sabes que mi sistema de trabajar no es demasiado adecuado...

Mathews lo cortó con un ademán.

—Está decidido, Booth.

—Pero...

Lorraine Cather esbozó una sonrisa dirigida al joven.

—No voy a escandalizarme porque le rompa la mandíbula a un delincuente, Booth. Su trabajo y el mío tienen muchos puntos en común y tengo la satisfacción de estar considerada por mis

superiores como una buena agente.

Booth Sargent le enseñó los dientes en agria risita.

—Conque tu trabajo y el mío son similares, ¿eh? —dijo tuteándola por primera vez—. Pronto te ibas a convencer de la gran diferencia que existe entre ellos, nena. En el mundo que yo me muevo hay que soltar varias tortas antes de empezar con las preguntas. La mayoría de las veces responde un tipo que tiene un balazo en la pierna o un brazo roto y aúlla de dolor.

La chica fingió una burlona expresión de asombro.

—¿Tan duro eres, Booth?

Sargent dejó escapar un resoplido.

—Escucha, rubia...

Pero el capitán Mathews lo atajó haciendo un ademán.

—Nada de cuánto digas puede cambiar las cosas, Booth. Lorraine te acompañará a todas partes porque así lo hemos convenido. Ella solicitó a sus jefes intervenir en la búsqueda y éstos se lo han concedido. Por otra parte es la persona ideal para identificar la cámara y que su contenido sea el que buscamos.

Sargent encogió los hombros.

—De acuerdo —acabó mascullando—. Pero si alguien piensa que me voy a convertir en su niñera...

—Hace años que no necesito niñera, Booth —aclaró brillantes las verdes pupilas Lorraine Cather—. Estoy capacitada para cuidar de mí misma sin ayuda de nadie.

—No me digas.

—Te convencerás tan pronto empecemos a trabajar.

—Un momento. Todavía no he dicho que acepte trabajar llevándote pegada a mis pantalones, rubia. Tener unas bonitas piernas y un físico —despampanante no te serviría de mucho en el mundo que tendríamos que movernos. Esos tipos están inmunizados contra las hembras exuberantes.

Warren Mathews torció el gesto contrariado.

—No sigas buscando pegas que de nada servirán, Booth. La muchacha te acompañará de todas formas.

—¿Y quién digo que es? —barbotó malhumorado el teniente—. ¿Una prima recién llegada del pueblo o una compañera de trabajo?

Lorraine se lo quedó mirando sonriente.

—Puedes decir que soy tu amiguita... a condición de que

encontremos la cámara.

CAPÍTULO II

—Vamos a ver cómo os portáis, daditos buenos.

Los ojos de Jim Palmer brillaban inusitadamente estrujando en la diestra el puñado de billetes que esperaba incrementar. Era el momento supremo de arrojar la pareja de dados contra la pared del fondo.

De pronto movió la zurda con rapidez y los dados salieron disparados. Rebotaron en la pared y rodaron por el suelo hasta que finalmente quedaron inmóviles bajo la atenta mirada de los cuatro individuos que se hallaban en aquel rincón del almacén.

Iluminados por una luz amarillenta que lucía sobre ellos. El resto del local estaba en tinieblas.

Jim Palmer saltó de alegría al tiempo que aullaba:

—¡He vuelto a ganar, chicos!

Pero entonces se escuchó una voz procedente de la otra parte del almacén:

—Depende de lo que entiendas por ganar, Jim.

A Palmer se le heló la sangre en las venas. La voz del teniente Booth Sargent le resultaba demasiado familiar como para no reconocerla en el acto. Sabía que sería inútil intentar huir y por eso esperó a que Booth entrara en el círculo iluminado.

Sus ojos contemplaron con pena los dados.

Entre los otros tres sujetos hubo un incipiente movimiento de fuga al escuchar la voz del teniente. Pero éste los calmó diciendo mientras avanzaba:

—Tranquilos, muchachos. No se trata de una redada.

Los tipos se inmovilizaron y ya repuesto de la sorpresa, suspiró Jim Palmer:

—Siempre tiene que aparecer en el momento más inoportuno, Sargent. Booth sonrió lobunamente.

—Es que no puedo pasarme una semana sin verte, Jim.

—A otro chucho con ese hueso, teniente.

—De veras, hombre. Me alegra comprobar que continúas siendo un granuja de la peor especie. Me jugaría el sueldo de un mes a que esos dados están trucados.

Palmer torció los labios fastidiado.

—Venga ya, Sargent. Esto es una reunión de amigos y pasamos el rato sin hacer daño a nadie.

—Esta vez no he venido a llevarte conmigo, Jim. Sólo quiero pedirte un favor. El jugador arrugó la nariz y miró receloso al teniente.

—¿Un favor?

—Eso es —afirmó risueño Sargent—. Se trata de pasar un aviso a ciertos amigos tuyos. Jim Palmer continuó recelando del policía.

—Diga lo que sea y váyase, teniente. Nos pone nerviosos la presencia de un polizonte. Booth Sargent chasqueó la lengua.

—Cuida las palabras y todo irá como una seda, Jim. Más de una vez te he advertido que eres un bocazas.

Hubo un corto silencio y levantó Sargent el brazo haciendo un ademán en dirección a las tinieblas de la otra parte del almacén.

Segundos más tarde aparecía ante ellos Lorraine Cather.

Los cuatro individuos la contemplaron llenos de asombro. Repasaron atónitos a la bella rubia que se había puesto unos cómodos tejanos y una camisa de corte masculino. Pero a pesar de ello seguía destacando su espléndida figura.

Booth Sargent se dirigió a ella presentando:

—Este tipo con cara de rata que tiene los billetes en la mano es Jim Palmer, Lorraine. Si existieran olimpiadas entre los granujas de la ciudad se llevaría la medalla de oro. Palmer se pasó la lengua por los labios y dejó escapar una risita burlona.

—No me diga que esta «miss» Universo es su nueva ayudante, teniente. Tipas como ella entran pocas en la docena.

Booth dejó escapar un suspiro y ordenó calmoso:

—Ponte en pie, Jim.

—¿Para qué?

—Te lo diré después. Vamos.

El maleante obedeció sin darse demasiada prisa, aparentando una seguridad que estaba muy lejos de sentir. Pero tenía que cuidar la fachada delante de sus amigos.

Sin abandonar el tono calmoso, inquirió Sargent:

—¿Tienes un teléfono a mano, Jim?

—En aquella pared hay uno, Sargent.

—Cógelo y pide hora a tu dentista.

Jim Palmer frunció el ceño extrañado.

—¿Qué quiere dar a entender, teniente? Que yo sepa no tengo ningún molar cariado y...

No pudo seguir hablando.

Booth Sargent había metido la derecha y el puño se estrelló violentamente en la boca del maleante. Salió disparado como un obús y acabó chocando contra la pared del fondo. Sintiendo un agudo dolor en la espalda fue resbalando hasta quedar sentado.

Sargent le apuntó con el índice extendido.

—Llamar tipa a una señorita está muy feo, Jim.

Palmer sacudió la cabeza aturdido y escupió un par de muelas mezcladas con sangre. Cuando pudo hablar, masculló rabioso:

—Ahora tendré que ir al dentista, maldita sea. Con lo bien que se me estaba dando la noche...

Sargent le hizo una señal.

—Arriba, Jim.

—Ni hablar —negó con energía el jugador—. De aquí no me levanta ni un toro hidráulico.

—No volveré a pegarte.

—Por si las moscas. De un bestia como usted se puede esperar la repetición, Sargent.

—De acuerdo —accedió el teniente—. Sigue sentado, pero escucha atentamente lo que tienes que hacer en las próximas dos horas. Sabes que no me gusta gastar mucha saliva y no quiero repetirlo.

Jim Palmer levantó la diestra y empezó a protestar:

—Si se ha creído que soy un mandado...

Súbitamente bajó la mano con rapidez y el pie derecho de Sargent rasgó el aire a escasos centímetros de su rostro. El zapato pasó silbando por el sitio exacto en que décimas de segundo antes había estado la mano levantada.

Palmer dejó escapar un resoplido.

—Qué bestia. Por poco me convierte la mano en un plumero. Mirándolo sonriente, preguntó Sargent:

—¿Qué estabas diciendo de colaborar, Jim?

—Ya me cansé de la partida, teniente —aseguró el maleante más pálido que un muerto después de cinco días—. Usted ya sabe que puede contar conmigo para lo que sea.

El joven dirigió una breve ojeada a Lorraine.

—Te dije que Jim Palmer estaría dispuesto a colaborar con nosotros a las primeras de cambio, ¿no?

—Empleas métodos muy persuasivos, Booth.

—Es que tengo un pronto muy malo y Jim lo sabe. Pero en el fondo soy incapaz de guardar rencor a esta buena gente. ¿Tienes las orejas bien abiertas, Jim?

El aludido movió la cabeza afirmativamente.

—Seguro, teniente.

—Pues escucha lo que voy a decirte. —Sargent consultó su reloj y siguió diciendo—: Quiero que dentro de dos horas estéis reunidos Briton Thayer, Will Hanna, Elton Taussig y tú. Podéis esperarme en el local de Hanna.

Palmer boqueó perplejo.

—No entiendo lo que pretende, Sargent. Yo...

—No te estoy pidiendo que lo entiendas, Jim —lo cortó el joven—. Me basta con que los cuatro estéis juntos dentro de un par de horas. El resto déjalo de mi cuenta.

El jugador se pasó la mano por el rostro.

—No sé si podré encontrarlos, Sargent.

—Seguro que los encuentras. Jim. Porque en la cama de un hospital no dejan jugar a los dados, ¿verdad?

Palmer tenía la cara sudorosa y pasándose la punta de la lengua por los labios resecos, empezó a decir:

—Oiga, Sargent.

—Dentro de dos horas en el local de Hanna, Jim.

—¿Y qué infiernos les digo? —barbotó el jugador—. Querrán saber para qué quiere verlos.

—Diles que voy a dar una conferencia sobre buenas costumbres y deben asistir a ella. Advérteles de paso que no admito como disculpa eso de diarreas repentinas o jaquecas imaginarias. Al que falle le entrará un fuerte dolor de cabeza.

Palmer torció el gesto.

—Le gusta el humor negro, ¿eh, teniente?

—Me encanta... siempre que sea a costa del prójimo, Jim. No te vayas a olvidar de la cita, ¿vale?

Sin aguardar a que Palmer respondiese giró Sargent sobre los talones y haciendo un gesto a Lorraine se dirigió a la salida del almacén en penumbras. La muchacha se vio obligada a caminar deprisa para darle alcance.

Ya en la callejuela apenas iluminada, comentó ella:

—Este sitio es siniestro, Booth.

—Los hay peores.

—¿Qué hacemos ahora?

El joven encogió los hombros.

—Pues que debemos dejar que pasen un par de horas sólo tenemos dos alternativas. O vamos a Central Park y nos sentamos en un banco a pelar la pava, o nos metemos en un *snack-bar* y nos soplamos sendos bocadillos.

Los blancos dientes de Lorraine brillaron en la penumbra de la callejuela al sonreír.

—Prefiero lo segundo.

—Yo también, rubia.

—¿Te importaría mucho llamarme Lorraine? —preguntó ella con sorna—. El nombre fue capricho de mi padre, ¿sabes?

Booth negó dando una cabezada.

—No me importa, rubia.

Lorraine dejó escapar un suspiro de resignación y lo siguió en dirección al coche que habían dejado estacionado fuera de la calleja. Era un vehículo oficial aunque carecía de distintivos por expreso deseo de Sargent.

Fueron a un pequeño establecimiento que conocía el joven y la muchacha observó que el ambiente era acogedor. No tenía apetito y sólo pidió una porción de tarta de manzana.

Booth encargó dos sándwiches y una cerveza.

La camarera no tardó en servirlos y cortando un trozo de tarta sostuvo Lorraine el tenedor en el aire preguntando:

—¿Qué esperas sacar de esos cuatro individuos, Booth?

—Información.

—Son hampones de baja estofa, ¿verdad?

—De lo peorcito que puedas imaginarte. Taussig, Thayer y Palmer son los mejores rateros de Nueva York. Por regla general

actúan en las terminales aéreas y ferroviarias, hipódromo, veladas de boxeo... No tienen límites.

—¿Y Hanna?

—Vende todo lo que le llevan los otros. Si ellos no pueden darnos una pista sobre el paradero de la cámara será mejor que pongamos una vela a San Pancracio.

—Lo que hace falta es que quieran colaborar.

Booth acabó de masticar lo que tenía en la boca y bebió un largo trago de cerveza. Luego sonrió bajito.

—De eso me encargo yo, rubia.

—Lorraine.

—¿Que tal está la tarta de manzana, rubia?

—Como quieras —levantó los hombros la muchacha—. Pero me gustaría que me llamaras por mi nombre.

Cuarenta y cinco minutos más tarde regresaron al coche. La chica estaba a punto de decir que aún faltaba hora y cuarto para la cita, cuando empezó a zumbiar el emisor.

Era el capitán Mathews.

Y sus palabras llegaron escuetas a través del receptor:

—Vente a la 34 y Fourth Avenue, Booth.

—¿Qué sucede?

—Un tipo está hecho puré en la acera y quiero que identifiques el cadáver.

—¿Qué diablos...?

—Se trata de Briton Thayer, Booth.

CAPÍTULO III

—Briton no aparece por ninguna parte, Sargent —se disculpó bastante nervioso Jim Palmer—. Le juro que no he dejado de buscarlo desde que usted me dejó.

Booth aventó al aire dando un manotazo.

—Olvídate de él, Jim.

—Pero usted dijo...

—Yo sé dónde se encuentra Briton, Jim. En estos momentos le están haciendo la autopsia buscando algo en sus vísceras. Según parece no pudo resistir la tentación de comprobar si era capaz de volar y se arrojó a la calle desde el piso quince de un edificio.

¿Hace falta que os diga el resultado del experimento?

Will Hanna, un tipo obeso de rostro sanguíneo, no pudo evitar que el párpado de su ojo izquierdo se moviera en irreprímible tic nervioso. En el silencio que siguió a las palabras de Booth, dijo:

—Briton no puede estar muerto, Sargent.

—¿No? —se burló el joven—. Si queréis os llevo a la «nevera» y os enseñó lo que queda de él.

Jim Palmer se pasó la lengua por los labios.

—¿Quiere decir que lo han matado, Sargent?

—¿Tenía Briton motivos para suicidarse, Jim? A lo mejor vosotros conocéis algo que la policía ignora.

Entre los reunidos se hizo un largo silencio.

Will Hanna era propietario de una lavandería que utilizaba como tapadera para sus trapicheos. En la amplia trastienda se encontraba Sargent frente a Jim Palmer, Elton Taussig y el propio Hanna.

Lorraine asistía en silencio a la conversación.

El largo silencio fue roto por el dueño de la lavandería:

—¿Qué desea de nosotros, teniente?

—Colaboración, Will.

—¿En qué podemos colaborar con usted? —inquirió receloso Hanna—. Si es cierto que han matado a Briton...

—Tan cierto como que vosotros sois unos granujas, Will. Y si mis sospechas se confirman vais a durar menos que un caramelo en la puerta de un colegio. Os convertiréis en repugnantes cadáveres como el pobre Briton.

Los tres maleantes cambiaron una mirada de alarma. Finalmente sacudió la cabeza el grandullón Elton Taussig y con serena entonación fue argumentando:

—Usted quiere sacarnos algo y está tratando de meternos el pánico en el cuerpo, teniente. Nosotros somos simples carteristas y no damos motivos para que nos maten.

—Esta vez habéis mordido un anzuelo destinado a tiburones, Elton. Si te digo un nombre seguro que te entra el canguelo.

El grandullón lo miró sin pestañear.

—Haga la prueba.

—Geo Brandeis.

Elton Taussig siguió sin pestañear. Pero se debía a que estaba convertido en estatua. El nombre del todopoderoso individuo del hampa los dejó profundamente impresionados a los tres.

Tardaron bastante en recuperar el habla y Will Hanna fue quien primero lo logró.

—¿Qué tiene que ver Brandeis con desgraciados como nosotros, Sargent? El se ocupa de otros asuntos y...

Booth extendió las manos reclamando silencio.

—Déjame que os explique una cosa, Will —empezó a decir calmoso—. A este monumento llamado Lorraine Cather le robaron la cámara fotográfica en la terminal del aeropuerto. No voy a deciros por qué, pero a Brandeis le interesa mucho encontrar esa cámara. Y podéis imaginar que la policía tiene mayor interés en recuperarla antes que ese criminal. El y nosotros actuaremos con la dureza que haga falta con tal de conseguirla y lo único que diferirá son los procedimientos. A Brandeis no le importa acabar con todos vosotros incluso después de tenerla en su poder. Siempre tendría la duda que, aunque sin quererlo, podríais haber descubierto algo comprometedor para él. Y no correrá riesgos. En cambio la policía puede daros protección y nadie tiene por qué saber que estáis colaborando conmigo.

En la pausa que siguió se miraron bastante sorprendidos los tres malhechores. Por sus miradas dedujo Booth que ignoraban por completo todo cuanto se relacionaba con la cámara desaparecida.

Y se lo confirmó Hanna diciendo:

—Nosotros no tenemos nada que ver con el robo que sufrió esta señorita, teniente. Jim Palmer también empezó a mover la cabeza negativamente.

—No hemos estado en el aeropuerto desde hace un siglo.

—De acuerdo —concedió Booth—. Yo puedo creeros, pero dudo mucho que Brandeis lo haga. Quiere esa cámara a toda costa y os sacará las tripas al sol antes de quedar convencido de que nada sabéis.

Hubo un nuevo silencio y preguntó Hanna:

—¿Qué desea exactamente de nosotros, Sargent?

—Te dije que colaboración, Will. Doy por sentado que no tenéis la cámara, pero estoy seguro que podéis dar con su paradero si os movéis con inteligencia y cautela. Domináis el gremio lo suficientemente bien como para encontrarla.

Taussig se pasó la mano por el mentón.

—¿Quién nos garantiza que no acabaremos igual que Briton?

—Nadie.

—Entonces...

—Pero cuanto antes dispongamos de esa cámara, antes podréis respirar tranquilos. Hanna entornó los párpados y mirando especulativamente al policía, indagó en tono suave:

—¿Qué vamos a salir ganando de todo esto, Sargent?

—La vida en primer lugar, Will —respondió Booth dejando escapar una risita—. Y el poder continuar con vuestros «negocios» siempre que no paséis el límite establecido.

Palmer chasqueó la lengua.

—Suponga que el robo lo llevó un aficionado. No tendremos forma de controlar...

—En ese caso os compadezco, Jim.

—Maldita sea... ¿Por qué infiernos se acordó de nosotros, Sargent?

Booth le enseñó los dientes como una hiena que se divertía con su víctima.

—Porque sois la flor y nata del honrado gremio de rateros, Jim.

Will Hanna tomó la palabra y dijo en tono grave:

—No podemos prometer resultados positivos, teniente. Admito que existe la posibilidad de hallar lo que a usted le interesa. Pero eso no significa tener plena seguridad...

Booth lo atajó con un ademán.

—Querer es poder, Will. Si trabajáis con ahínco toda la noche estoy seguro que la cámara estará en mi poder mañana. Y créeme que os conviene mucho que así sea. De otra forma me pondría furioso y a lo mejor me daba por cortaros la cabeza.

Los ojos de Will Hanna fulguraron y dio la impresión de no estar dispuesto a dejarse intimidar.

—Si cree que...

Pero Booth levantó el brazo poniendo la mano en su hombro y crispando con fuerza los dedos, rió bajito.

—Estamos de acuerdo en que lo vais a intentar, ¿eh, Will? Ahora vamos a entregaros una nota en la que están apuntados los datos necesarios para que deis con la cámara auténtica. Marca, lugar del robo, ahora aproximada... Todo cuanto puede seros útil.

Haciendo una señal a Lorraine, agregó Booth:

—Ya puedes entregar ese papel.

La joven, que había asistido silenciosa a la entrevista, tendió un papel doblado a Will Hanna. Éste lo cogió y ni siquiera se tomó la molestia de echarle un vistazo.

Booth Sargent siguió diciendo:

—Nos veremos mañana, ¿eh, chicos? Si alguno de vosotros está pensando en jugar a favor de Brandeis que lo olvide. Ya conocéis mi forma de ser, ¿no?

Los otros guardaron silencio y terminó el teniente:

—No hace falta que os molestéis en acompañarnos. Conozco la forma de abandonar esta guarida.

Sin decir nada más sujetó a Lorraine del brazo y se la llevó hacia la salida bajo la ceñuda mirada de los tres granujas. Cuando llegaron a la calle, comentó Booth:

—Ahora debemos aguardar a que esos tipos den con la dichosa cámara y que sea la buena.

Lorraine ladeó la cabeza mirándolo.

—¿Y qué podemos hacer mientras?

—Irnos a dormir lo que queda de noche. En mi apartamento

dispongo de sitio suficiente para dos personas. Además la cama es bastante amplia y podemos...

La muchacha sacudió la cabeza sonriente.

—Prefiero que me dejes en mi hotel. No soy una chica de ideas tan avanzadas. Booth encogió los hombros riendo también.

—De acuerdo, nena. Pero yo tenía la obligación de intentarlo, ¿no?

—Tu orgullo masculino queda a salvo porque ya lo has intentado. ¿Me llevas ahora al hotel si no te importa?

—No faltaba más.

Poco más tarde detenía Booth el auto frente al hotel donde se hospedaba Lorraine. Antes de descender se giró ésta en el asiento y escrutándole el semblante inquirió suave:

—¿Ha sufrido mucho tu orgullo masculino por el fracaso?

—Puedes hacerte una idea.

Las verdes pupilas femeninas brillaron burlonamente.

—¿Me creerías si te dijese que lo siento? No esperó a que él respondiese.

Diez minutos después llegaba al edificio donde estaba ubicada su confortable vivienda. Metió el coche en el aparcamiento subterráneo y sin utilizar el elevador subió al tercer piso.

Tan pronto cerró la puerta del apartamento a su espalda comenzó a desvestirse encaminándose a la ducha. Permaneció un buen rato bajo el agua tibia y luego se envolvió en una toalla de baño dirigiéndose al dormitorio.

Dispuesto a dormir como un tronco.

Pero allí se encontró con algo inesperado.

En su cama había una belleza morena y todo parecía indicar que estaba desnuda bajo las sábanas. Porque sus prendas íntimas se hallaban diseminadas por el suelo de la habitación.

Booth no conocía a la hermosa hembra que le sonreía sin el menor atisbo de rubor.

CAPÍTULO IV

La chica tendría unos veinticinco años y su rostro, enmarcado por una larga cabellera negrísima, era de rasgos sensuales. Parte de su espléndido cuerpo quedaba intencionadamente al descubierto y lo catalogó Sargent de primera categoría.

La sangre comenzó a galopar por sus arterias.

Pero a pesar de eso avanzó con la toalla enrollada en torno a la cintura y deteniéndose a los pies del lecho la contempló unos instantes en silencio.

Luego mascullo ceñudo:

—Uno de nosotros dos se ha equivocado de cama, morena.

Ella ronroneó voluptuosa ofreciéndole su mejor sonrisa. Lo hizo picarescamente, con el aplomo de una profesional del amor. Pero su aspecto era demasiado lozano para ser una furcia barata.

Sin borrar la sonrisa de sus carnosos labios, susurró:

—¿Tiene eso mucha importancia?

Su voz poseía un timbre agradable, insinuante. Booth siguió mirándola ceñudo.

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que respondas a las preguntas que pienso hacerte, devoradora de párvulos.

Ella rió quedamente mostrando unos dientes blanquísimos y la sonrojada puntita de la lengua.

—Puedes llamarme June. Así lo hacen mis amigos.

—¿En qué plato hemos comido juntos, June?

La morena compuso un gracioso mohín de contrariedad y moviéndose para destapar un poco más su hermoso cuerpo de blanca piel satinada, recriminó melosa:

—Me parece un tipo demasiado frío.

—Es que cuando quiero un plan me lo busco yo solito, June.

Estoy más caliente que una antorcha y me lanzaría sobre ti aullando como un comanche en pie de guerra.

Ella echó la cabeza hacia atrás y rió alegremente.

—¿Qué te impide hacerlo?

Booth se tocó la sien con el índice.

—El cerebro. Si te has metido en mi apartamento es por algo importante que debo averiguar. Y no pierdas el tiempo enseñándome una teta porque no te haré ni puto caso. Antes de comportarme como un salvaje locuelo tengo que saber a qué atenerme contigo.

June lo envolvió en una sugestiva mirada llena de calor.

—Puedo decirte que soy una admiradora tuya.

—Puedes decirlo. Pero yo responderé que eres más embustera que un comerciante chino.

—¿Por qué no dejas de romperte la cabeza y aprovechas la ocasión? Booth Sargent sacudió la cabeza en la lenta negativa.

—Si me ofrecen un trozo de tarta siempre pregunto el precio antes de meterle mano.

¿Quieres salir de la cama y ponerte algo encima o prefieres jugar a preguntas y respuestas pelo a pelo?

La morena June abanicó las largas pestañas.

—No te entiendo.

—Me entiendes muy bien, cariño. Yo haré preguntas y tú vas a responderlas con el corazón en la mano. A la primera trola que sueltes te sacudo un sopapo en la bonita jeta, ¿vas comprendiendo?

El semblante de la muchacha se endureció súbitamente.

—Ya me advirtieron que eres un tipo duro.

—Lo soy. ¿Quién te dijo que lo era?

—¿Eso qué importa?

Booth chasqueó la lengua sacudiendo la cabeza.

—Hemos quedado en que las preguntas las hacía yo.

June. No vuelvas a olvidarlo y todo irá como una seda. ¿Quién te dijo que yo soy un tipo duro?

Ella titubeó levemente.

—Me gustaría... salir de la cama y ponerme algo encima.

—No estarás pensando en mí, ¿eh?

—Por favor...

Booth movió la cabeza afirmativamente.

—Hazlo. Primero que no voy a sonrojarme por verte desnuda. Más grandes o más pequeñas, todas las mujeres tenéis las mismas armas. Y yo soy un experto en la materia.

June abandonó la escasa protección de las sábanas y observó Booth que sus mejillas se encendían al mostrarse tal como vino al mundo. Sólo que veinticinco años después del primer berrido. Y eso lo cambiaba todo. Era un espectáculo digno de ser admirado y el policía sintió que el paladar se le ponía como el papel de lija.

Ella no dejó de advertir la ávida mirada masculina y el color escarlata de sus mejillas subió de tono. Booth no se detuvo a pensar si el rubor de la chica era fingido o auténtico. Siguió contemplándola lleno de éxtasis mientras recogía del suelo la braga y los sujetadores.

Booth aguardó pacientemente a que terminara.

Cuando por fin se giró descubrió el joven una clara expresión de miedo en las pupilas femeninas. El súbito cambio llegó a desconcertarlo unos instantes. Tenía experiencia y sabía que el miedo que reflejaban aquellos ojos no era fingido.

Fruncido el ceño, inquirió:

—¿Qué diablos ocurre ahora, morena? June lo miró fijamente antes de responder.

—Me desfigurarán la cara si fracaso. En varias ocasiones he visto lo que hacían a otras chicas y no hay...

Booth gesticuló enérgicamente con ambas manos solicitando silencio inmediato a la muchacha.

—Vamos a poner las cosas claras, ¿eh? —masculló cuando logró hacerla callar—. En primer lugar vas a decirme quiénes te desfigurarán esa bonita cara.

—Los bestias de Geo Brandeis.

Booth ladeó la cabeza mirándola súbitamente interesado.

—De modo que ese tipo está implicado en el asunto que te ha traído a mi apartamento.

Ella bajó la mirada y musitó:

—Me envió a sacarte una información.

—¿Qué tipo de información?

—Geo quiere saber lo que andas buscando entre los hampones de los bajos fondos. Booth arrugó el entrecejo sorprendido.

—¿Cómo sabe que estoy buscando algo?

—Ignoro cómo ha podido enterarse, pero lo sabe. Y me ha enviado para que te lo saque.

—Pero tú prefieres ser una chica sincera, ¿eh?

—No soy tonta y creo que no tengo otra alternativa. Geo se ha equivocado contigo.

—¿Te mencionó mi profesión?

—Me dijo que eres teniente de la policía. También aseguró que tienes un temperamento ardiente y que una mujer como yo podía sacarte muchas confidencias. Booth pensó que la teoría explicada por el capitán Mathews era acertada. Habían varios detalles que la confirmaban. Primero: los dos agentes supuestamente portadores de las pruebas murieron cuatro horas más tarde de ser robada la cámara. Segundo: era evidente que Brandeis tenía movilizada a su gente con objeto de averiguar cada paso que daba la policía. Y por último: desconocía la existencia de la cámara a juzgar por lo que decía June.

Sin embargo algo no terminaba de encajar.

¿La muerte de Briton Thayer estaba relacionada con el caso? Y si era así: ¿qué motivos pudo tener Brandeis para poner fin a la vida del ratero? En el momento de su muerte, Briton tampoco sabía nada del robo de la cámara.

Con la frente arrugada posó una especulativa mirada en la morena que tenía delante. No le gustaba el papel de víctima adoptado por la chica, A buen seguro que se trataba de una táctica para sacarle la información que le habían encomendado.

Y no obstante parecía sincera. Ahora lo estaba mirando con fijeza. Esperando a que él hablara.

Booth dejó pasar todavía unos segundos y luego torció el gesto sarcástico.

—De modo que Brandeis me considera un pichón, ¿no? June enarcó las cejas.

—¿A qué te refieres?

—Pensó que yo iba a ser tan ingenuo como para decirte lo que andamos buscando a las primeras de cambio. Con sólo dedicarme unos cuantos arrumacos —hizo una corta pausa y agregó hosco—: Me parece que quieres tomarme el pelo, encanto, Geo Brandeis no es tan estúpido para montar una cosa así de burda.

El semblante de June se puso muy pálido.

—Te estoy diciendo la pura verdad —aseguró vehemente—. Geo dice que puedo ser una mujer irresistible cuando me lo propongo. Y siendo tú un hombre de sangre caliente...

—El ligue era seguro.

—Eso dijo Geo.

—Sólo veo una pega a tu historia, nena.

—¿Cuál?

—Que no te has empleado a fondo conmigo. Tus esfuerzos por engatusarme han sido más bien escasos. Yo diría que no te ha interesado poner demasiado calor en las provocaciones. Y te has dado por vencida sin lucha, en los primeros escarceos.

June volvió a inclinar la mirada.

—Es que... me cohíbe saber que eres policía.

—Ya —se burló Sargent—. Y ahora estás esperando a que me ponga tierno para sacarme la información.

Ella levantó la cabeza vivamente.

—No es cierto.

Hubo tanta energía en su negativa que Booth estuvo unos instantes desconcertado. Se pasó la mano por el mentón en actitud meditativa y antes de que pudiera hacer algún comentario, añadió June:

—Sólo pido protección contra la gente de Geo Brandeis. Quisiera abandonar la ciudad lo antes posible.

Booth le escrutó el rostro atentamente.

Había algo en la entonación de la muchacha que inducía a creerla. Acabó sacudiendo la cabeza, convencido de que June era sincera. Podía leerlo en sus ojos llenos de miedo y en la expresión asustada de su bonito rostro.

Iba a tranquilizarla cuando se escucharon unos golpes procedentes del pasillo exterior. Ambos miraron hacia el salón.

Alguien estaba llamando a la puerta del apartamento.

Booth observó que la expresión de miedo se acentuaba en el rostro de la chica y trató de calmarla alargando las manos y sujetándola por los hombros.

—No tienes por qué estar asustada, nena. Lo único que debes hacer es quedarte en esta habitación y no asomarte al salón pase lo que pase. El resto es asunto mío.

June asintió sumisa.

Booth le aplicó una palmadita en la mejilla y salió de la habitación. Quitándose la toalla de la cintura procedió a ponerse los pantalones rápidamente. Sin preocuparse de la camisa, con el torso desnudo, se encaminó a la puerta de la vivienda.

Justo cuando llegaba a ella volvieron a llamar.

Booth aplicó el oído a la madera y trató de escuchar unos instantes. A continuación aferró el pomo entre los dedos y haciéndolo girar con rapidez abrió bruscamente la puerta.

Dos tipos parpadearon sorprendidos en el pasillo.

Booth los identificó enseguida como matones de Brandeis. El que tenía más cara de bestia, rezongó:

—¿Siempre abre así la puerta?

Sargent le enseñó los dientes.

—Sólo cuando me interesa. ¿Qué se os ofrece, chicos?

—¿Podemos entrar?

—No. Hace falta una orden judicial.

—Conque una orden judicial, ¿eh?

—Eso es —afirmó Booth con la cabeza—. Y sigo esperando que me digáis lo que os ha traído a mi humilde morada.

El gorila que llevaba la voz cantante señaló a su compinche por encima del hombro.

—Resulta que la novia de mi amigo se ha fugado.

—¿Sí?

—Sabemos que se ha metido en este apartamento y vamos a entrar a buscarla. Será mejor que no busques complicaciones porque entraremos de todas formas.

Booth sonrió lobunamente y haciéndose a un lado, invitó:

—Adelante, chicos. Confieso que me habéis metido el miedo en el cuerpo.

CAPÍTULO V

Los dos tipos avanzaron hasta el saloncito del apartamento y Booth cerró la puerta tranquilamente. Cuando se giró escuchó decir al más grandullón:

—Con estos sujetos hay que mostrarse duro, Peter.

El otro movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Tú sabes cómo meterle canguelo al prójimo, Stephen.

—Eso puedes jurarlo.

—Sólo hay que echarle un vistazo a este fulano.

Stephen Bryan, el bestia que había llevado la voz cantante desde que Booth abrió la puerta, hinchó el pecho. Dejó escapar una risita por la comisura de los labios y llamó:

—Ven a mi lado, tú.

Booth lo miró unos segundos, y luego, se adelantó sin prisas.

—¿Es a mí?

—Claro, hombre. ¿Vas a decirnos por las buenas dónde está la pájara o tendremos que darte una «pasada»?

Sargent siguió haciéndose el tonto.

—A la pájara la solté.

Los dos tipos cambiaron una mirada y crispando los maxilares increpó Bryan:

—¿Qué es eso de que la soltaste?

—Quiero decir que la dejé en libertad. Era una periquita preciosa y admito que me dolió hacerlo. Pero la muy zorra añoraba al macho y tuve que dejarla ir o se moría de calentura.

Stephen Bryan pegó un mordisco al aire.

—Te gusta bromear, ¿eh?

Booth encogió los hombros displicente.

—A veces.

—Yo te quitaré esa afición.

—Lo dudo. Es un mal congénito que arrastro desde mi tierna

infancia. Me he puesto en manos de los mejores médicos y nada. Dicen que soy un tipo la mar de simpático.

El otro sujeto, Peter, se hallaba indolentemente apoyado en el quicio de entrada al saloncito. Ante las palabras de Booth dejó escapar una risita y azuzó:

—Este fulano se está quedando contigo, Stephen. Parece que se le ha pasado el canguelo.

El grandullón Bryan alargó el brazo como si quisiera contener a Peter, que en realidad ni siquiera se había movido del sitio que ocupaba desde que entraron.

—Déjamelos a mí, Peter —pidió innecesariamente—. Yo haré que recupere el canguelo. Su compañero hizo un vago ademán.

—Todo tuyo, Stephen.

El fornido matón se encaró a Booth y posando en él una dura mirada le apuntó con el índice extendido.

—Se han terminado las bromas, ¿eh? Booth sonrió ingenuamente.

—Todavía no han comenzado, Stephen. Ya verás cómo nos vamos a divertir cuando empiecen.

Bryanladeó la cabeza amoscado y cerrando un ojo miró con el rostro al policía.

—De modo que piensas seguir bromeando, ¿no?

—No lo puedo evitar.

—Yo te daré el remedio ahora mismo.

Aquello era un aviso de ataque inminente y quedó confirmado al cerrar Bryan ambos puños con fuerza. Al rostro de Booth afloró una contrariada expresión de fastidio.

—¿No habéis venido a buscar a la pájara de Peter?

Stephen Bryan detuvo la embestida que estaba a punto de llevar a cabo y recordó los motivos que los había llevado al apartamento de Booth. No se decidió a embestir.

En lugar de eso hizo un gesto al apático Peter.

—Echa un vistazo por ahí, tú.

Peter se despegó del quicio en el que estaba apoyado dispuesto a obedecer la orden de Bryan. Pero apenas había dado un par de pasos cuando lo contuvo la voz tajante de Sargent:

—Quieto donde estás, Peter.

El sujeto se detuvo y le lanzó una inexpresiva mirada.

—¿Qué pasa contigo? Booth sonrió levemente.

—¿Conoces la historia de Barba Azul, Peter?

—Natural. Era un traficante de drogas griego que murió acribillado a balazos en un callejón de Chicago.

—Yo me refiero a otro Barba Azul, Peter. Al que tuvo infinidad de mujeres y...

—Un chambón, ¿eh?

—¿Vas a dejarme continuar la historia? —le pidió Booth—. Resulta que el Barba Azul al que yo me refiero permitía que sus mujeres mirasen detrás de todas las puertas. Sólo les prohibía que curiosearan en una estancia que permanecía siempre cerrada.

Peter compuso un gesto burlón.

—Ése fue Barbarroja.

—Barbarroja fue un pirata, so capullo.

—¡Oye, tú...!

Stephen Bryan había asistido atónito al diálogo, pero incapaz de contenerse por más tiempo pegó un puñetazo al aire.

—¿A qué infiernos viene ese cuento? —masculló iracundo—. Empieza ya a buscar en este cuchitril, Peter.

—Un momento, Peter —volvió a contenerlo Booth—. Primero hay que hablar. Los dos matones miraron torvamente al policía y fue Bryan quien espetó:

—¿Qué pasa ahora?

Booth indicó con un gesto la puerta de la habitación en la que se encontraba la morena June.

—Haceros la cuenta de que soy Barba Azul y ésa es la estancia prohibida. Podéis registrar el resto del apartamento.

Los ojos de Bryan destellaron.

—¿Vas a decirnos lo que debemos hacer?

—Quiero que las cosas queden claras antes de comenzar a divertirnos, muchachos —respondió sereno Booth—. Vosotros sois dos acólitos de Geo Brandeis que habéis venido a buscarme las cosquillas. Y yo soy teniente de policía.

Stephen Bryan rió ácidamente.

—No me digas.

—De modo que ya lo sabíais y no os importó, ¿eh? El grandullón siguió riendo burlón.

—Dentro de un rato sólo serás un teniente de policía muerto.

Empieza mirando en esa habitación, Peter.

El apático matón dio una cabezada de conformidad y se dirigió al dormitorio. Ya levantaba la mano para abrir la puerta cuando Booth comenzó a moverse con la velocidad de un ciclón.

Los dos gorilas fueron sorprendidos por la súbita rapidez que imprimió el policía a sus movimientos. Bryan vio cómo aferraba el respaldo de una silla y levantándola por encima de su cabeza la estrellaba en la espalda de Peter.

En las manos de Booth sólo quedó parte del respaldo.

Stephen Bryan indicó con un movimiento del mentón al inconsciente Peter y chasqueando la lengua, recriminó:

—Eso que has hecho es una cochinada, policía.

—Barba Azul era peor que yo —replicó Booth dejando caer al suelo lo que quedaba del respaldo—. Mataba a las mujeres curiosas.

—Sí, ¿eh?

—Y se quedaba tan tranquilo.

—A ti no te ocurrirá lo mismo —masculló agachando la frente el energúmeno Bryan—. Voy a sacarte el esqueleto por la boca.

Y sin añadir nada más galopó embistiendo a Booth Sargent.

CAPÍTULO VI

Durante unos instantes dio la impresión que Booth iba a soportar estoicamente el testarazo de Bryan en la boca del estómago. Pero fue una falsa impresión. Porque justo en el momento en que el matón llegaba como un rayo a su altura, dio un paso lateral.

Y levantó la rodilla.

Un simple movimiento de efectos demoledores para Bryan.

Recibió el tremendo rodillazo en pleno rostro y su nariz estalló como un huevo lanzado a la acera desde un quinto piso. Echando sangre a chorros manoteó el aire completamente perdida la visión. Todas las estrellas del firmamento giraban en torno a él.

Booth apoyó en el suelo la pierna cuya rodilla le dolía enormemente y balanceando el cuerpo en escorzo disparó el pie contrario en alevosa patada a la nuca del grandullón.

Éste salió proyectado con suma facilidad a pesar de su corpulencia y sólo se detuvo cuando su frente chocó violentamente contra la puerta de la habitación.

Allí acabó toda su resistencia.

La puerta se había abierto a consecuencia del tremendo testarazo y el cuerpo inmóvil de Stephen Bryan quedó atravesado en el umbral. Respirando con dificultad por la sangre que le penetraba en la garganta.

Al otro lado del hueco estaba June más pálida que un muerto.

Y Booth le dirigió una sonrisa animándola.

—No existe peligro para ti, nena.

Ella se había puesto un vestido color verde manzana que se ajustaba a su venusino cuerpo como una segunda piel. Sus ojos estaban fijos en los dos desvanecidos matones y después de unos segundos de silencio, informó vacilante:

—Éstos... dos hombres trabajan para Geo.

—No hace falta que me lo jures.

—Son bestias de la peor especie.

—No te preocupes. Ahora sólo son dos angelitos que duermen inofensivamente en el limbo. ¿Me puedes decir por qué los envió Geo habiéndote encargado a ti el trabajo?

June sacudió la cabeza en lenta negativa.

—No lo sé.

—Está bien —suspiró Booth encogiendo los hombros resignado—. Lo preguntaré al primero que despierte.

La muchacha miró unos instantes a Bryan y se percató que no podía respirar con normalidad a consecuencia de la hemorragia nasal. Su pecho subía y bajaba agitadamente.

—Este hombre acabará ahogándose con su propia sangre. Booth hizo un gesto escéptico.

—No caerá esa breva.

June clavó en él una reprobativa mirada. Fue a decir algo relacionado con los derechos humanos, pero en aquel momento comenzó a removerse Peter dejando escapar lastimeros quejidos. Booth fue a su lado y se inclinó sobre él atrapándolo por la pechera de la camisa.

Empezó a zarandearlo violentamente.

Peter acabó abriendo un ojo y preguntó aún aturdido:

—¿Ya te ocupaste del tipo ese, Stephen?

—No.

—¿Y a qué esperas? Yo no resistiría otro trompazo como...

—Es un hueso duro de roer, Peter.

—Tú tienes una buena dentadura, Stephen.

—Eso era antes. Ahora la tengo hecha cisco.

—Pero...

El fulano acabó de despejarse y durante unos segundos miró incrédulamente a Booth. La sorpresa lo dejó paralítico y sintió que todo su cuerpo se inundaba de frío sudor. Su primera reacción fue la de chillar despavorido y tuvo que morderse el labio para evitarlo.

Booth tenía el rostro muy próximo al de él y habló con helada entonación:

—¿A qué os envió Brandeis, Peter?

El sujeto siguió mordiéndose el labio y guardó silencio. Paulatinamente se iba recuperando de la sorpresa y empezó a

perder el miedo primitivo que lo atenazó.

Cuando Booth repitió la pregunta, contestó envalentonado:

—Si crees que soy un chivato...

No pudo seguir hablando porque el puño libre de Booth salió disparado como un obús y se le estrelló en plena boca. La cabeza de Peter se proyectó hacia atrás violentamente y si su nuca no golpeó en la pared fue debido a que el policía continuaba aferrándolo por la pechera.

Perdió de nuevo el conocimiento y de su boca comenzó a salir sangre abundantemente. Booth lo soltó con una mueca de asco y el individuo cayó desmadejado quedando de costado en el suelo.

Al incorporarse, observó Booth que June lo miraba recriminatoria.

—Será mejor que vuelvas a encerrarte en el cuarto, nena —barbotó de pésimo humor—. No es agradable lo que ocurrirá aquí en los próximos minutos.

Ella seguía mirándolo con aprensión.

—¿Tienes que ser tan bestial como ellos?

Booth la miró unos instantes fijamente antes de responder. Y cuando lo hizo fue como mordiendo cada palabra antes de pronunciarla:

—Si yo estuviera a merced de estos tipos no tendrían la menor compasión de mí. Seguro que ya sería un cadáver desfigurado. Y lo harían sin escrúpulos, fríamente.

June tenía los labios ligeramente crispados.

—Con tu forma de tratarlos te pones a la altura de ellos.

—Eso es exactamente lo que intento hacer —replicó rudo Booth—. Para tratar con tipos como esta gente hay que ser más bestia que ellos. Sólo así consigues sobrevivir.

Y sin esperar a que la muchacha siguiera hablando le dio bruscamente la espalda. Fue junto a Bryan dándose cuenta de que cada vez respiraba con mayor dificultad. Lo puso de bruces y procuró colocarle la cabeza de forma que la sangre saliese al exterior.

Luego fue al cuarto de baño y regresando con un rollo de esparadrapo le ligó las manos a la espalda.

Peter continuaba inconsciente.

O por lo menos lo parecía.

Se pasó la mano por el mentón maquinalmente y dirigiendo una mirada a June, que seguía en el salón, ordenó:

—Entra en la habitación y cierra la puerta.

Ella no se movió de donde estaba.

—¿Vas a seguir interrogando a Peter?

—Eso es.

—Hace tiempo que me habitué a las brutalidades masculinas — contestó mordaz la chica—. Pareces haber olvidado que trabajo para Geo Brandeis. Y la sociedad lo considera una bestia inhumana.

Booth encogió los hombros despreocupándose por completo de lo que pudiera opinar la morena. Se agachó frente a Peter y escrutándole atentamente el rostro percibió en él atisbos de que había recuperado el conocimiento.

Tenía los labios partidos y terriblemente hinchados.

Booth alargó la diestra y le palmeó suave la mejilla derecha.

A pesar de que el policía apenas le había rozado la cara con la punta de los dedos, Peter abrió súbitamente los ojos y se puso a chillar como una comadreja aterrorizada.

—¡No me pegues...!

—Tranquilo, hombre —habló calmoso Booth sujetándolo de un hombro—. Sólo te he dado un ligero toque.

Peter jadeaba temeroso.

Mirándolo con ojos llenos de espanto.

Booth torció el gesto contrariado y sin soltarle el hombro fue diciendo despacio:

—No quiero destrozarte la cara, pero tampoco consentiré que te hagas el machote. Si contestas a mis preguntas nada te ocurrirá. En caso contrario..., puedo estar pegándote puñetazos en la boca hasta que te vuelvas loco de dolor.

Peter tardó un poco en contestar y cuando lo hizo tuvo dificultad para articular las palabras a través de los labios hinchados.

—Nada... de cuanto pueda decirte es interesante.

—Eso lo decidiré yo, Peter. ¿A qué os envió Brandeis?

El matón se resistió a responder, pero cuando vio que Booth levantaba el puño dispuesto a golpear nuevamente, se apresuró a explicar:

—Geo se arrepintió de haber mandado a June. En realidad no se

fiaba demasiado de ella y por eso quiso que Stephen y yo viniésemos a visitarte.

—Pero no se trataba de una visita de cortesía, ¿eh?

—Nos dio orden de atornillarte cuanto hiciera falta hasta que dijese lo que la policía está tan interesada en encontrar.

—¿Y luego?

—No entiendo...

Booth chasqueó la lengua.

—No voy a tener más remedio que sacudirte otra vez, Peter. Eso es lo que conseguirás haciéndote el tonto. Brandeis os dio orden de liquidarme después de obtener la información, ¿no?

El sujeto inclinó la cabeza y musitó con voz apenas audible:

—Sí.

Booth pensó que era inútil preguntarle los motivos que podía tener el canalla de Brandeis para ordenar su muerte. Cuando se le da una paliza a un policía es preferible terminar con él y así se evitan posteriores represalias.

De pronto cruzó por su mente una sospecha, un pensamiento que llegó a preocuparlo profundamente. Clavando en el rostro tumefacto de Peter una fría mirada, advirtió:

—A las preguntas siguientes quiero que respondas con la verdad absoluta o juro que te rompo todos los huesos del cuerpo.

El matón levantó los ojos impresionado por el tono de voz que empleaba Booth. Y comprendió éste que el tipo se había derrumbado moralmente. Por el brillo temeroso de sus pupilas dedujo que estaba dispuesto a explicarle cuanto él quisiera.

A pesar de eso buscó indicios de falsedad en el semblante de Peter al preguntar:

—¿Me habéis estado siguiendo en las últimas horas?

El hombre de Brandeis movió la cabeza afirmativamente.

—El jefe nos ordenó hacerlo.

Booth sintió que su temor iba en aumento.

—Entonces sabéis que no estoy trabajando solo, ¿verdad?

—Te vimos en compañía de una rubia —respondió Peter sin titubear—. Hemos indagado y sabemos que es otra policía.

—En ese caso también os habréis ocupado de ella, ¿no? Seguro que ha recibido la misma visita que yo.

Peter titubeó sin decidirse a contestar y Booth clavó rabioso los

dedos en su hombro.

—¡Responde!

—Yo no tengo la culpa... —empezó a decir temeroso el bandido —. Owen Monroe y Samuel Faber han ido al hotel de esa muchacha. Tienen el mismo cometido que Stephen y yo aquí.

Booth apretó los maxilares lleno de furia. Por un momento estuvo tentado de golpear a Peter con todas sus fuerzas, al ver confirmada su sospecha. Luego pensó que aquel desgraciado no era el verdadero culpable y logró contener su impulso.

Dominando a duras penas la impaciencia que se estaba apoderando de él, siguió preguntando:

—¿Cuánto hace que fueron al hotel de la chica esos dos tipos?

—Salieron al mismo tiempo que nosotros.

Booth se puso en pie con rapidez y se dirigió al teléfono. Dio la casualidad de que éste comenzó a sonar en el momento en que se disponía a descolgar el auricular.

Atrapándolo de un manotazo, masculló:

—Hable.

La voz del capitán Mathews se escuchó al otro extremo del hilo.

—Tengo una desagradable noticia para ti, Booth.

El joven tuvo la impresión que el suelo se abría bajo sus pies y permaneció silencioso largos segundos. Tanto duró su mutismo, que preguntó extrañado Mathews:

—¿Qué ocurre, Booth? Todavía no te he dado la noticia. Haciendo un esfuerzo, suspiró el joven:

—Puedo imaginar lo que vas a decirme, Warren.

—¿Sí?

—Se trata de una muerte, ¿no?

—¿Cómo has podido saberlo? Booth no respondió enseguida.

Todo su ser estaba ocupado por el recuerdo de la atractiva imagen de Lorraine Cather.

CAPÍTULO VII

A través del auricular le llegó un gruñido de Mathews:

—¿Qué diablos pasa contigo Booth? ¿Continúas dormido o es que no tienes ganas de hablar?

Sargent sacudió la cabeza saliendo de su abstracción.

—Estaba pensando en esa pobre chica.

—¿A qué chica te refieres?

—A Lorraine Cather, naturalmente. ¿Cómo acabaron con ella esos miserables? Hubo un breve silencio y enseguida se escuchó preguntar al capitán:

—¿Qué le ha ocurrido a Lorraine Cather, Booth? Tú debías ocuparte de su seguridad personal. Como resulte...

—Un momento, un momento —pidió Booth sintiendo renacer la esperanza en su pecho—. Me has llamado para darme una mala noticia, ¿no? Dices que han matado...

—A Jim Palmer —contestó Mathews al vacilar unos segundos Booth—. Hace media hora que lo hemos encontrado en Central Park con el vientre, abierto a cuchilladas. A ese desgraciado no vas a poderle sacar información respecto a la cámara.

Booth Sargent respiró aliviado y el color volvió a su cara. Acto seguido se puso a hablar con rapidez:

—Yo también tengo noticias importantes, Warren. Pero antes de decírtelas debes enviar en ayuda de Lorraine a los coches patrullas que rondan por las proximidades del hotel. Esa muchacha puede estar en un grave aprieto.

—¿Por qué?

—Dos gorilas de Brandeis han ido a visitarla.

—¿Qué diablos está pasando, Booth?

—Vamos, Warren, haz lo que te he dicho y ahora seguimos hablando, caray.

Booth escuchó que Mathews empezaba a dar órdenes concretas a

alguien que se encontraba a su lado. Cuando hubo acabado de hablar con aquella persona, le preguntó a él:

—¿Qué ocurre con Geo Brandeis y sus gorilas, Booth?

—Que es un maldito cerdo.

—Eso ya lo sabemos. Dime algo nuevo.

Con explicaciones concisas lo puso Booth al corriente de cuánto había sucedido. El capitán lo escuchó sin interrumpirlo ni una sola vez y terminó solicitando el joven:

—Envía a un par de hombres para que se hagan cargo de los dos individuos que tengo en el apartamento. También deben llevarse con ellos a June Harding, aunque no detenida. A ella tenemos que protegerla porque es una importante testigo de cargo para cuando atrapemos a ese miserable de Geo Brandeis.

Hubo un corto inciso y preguntó Mathews:

—¿Qué piensas hacer tú, Booth?

—Llegarme ahora mismo al hotel de Lorraine. Ardo en deseos de comprobar cómo se encuentra.

—Aguardarás a los muchachos por lo menos.

—Ni hablar. Me largo sin perder ni un segundo. Lorraine puede necesitar ayuda urgentemente.

—Pero...

—No te preocupes, Warren —lo atajó Booth hablando deprisa—. Los dos gorilas están convenientemente atados y June no se moverá de aquí hasta que lleguen nuestros hombres. Se encuentra demasiado asustada y sólo desea ser protegida.

—Está bien —concedió al otro lado del hilo Mathews—. Pero me pondré en contacto con el coche patrulla más próximo y estará ahí en cuatro o cinco minutos.

—Correcto.

—¿Nos encontraremos en el hotel de Lorraine? Booth dio una cabezada.

—De acuerdo, Warren.

Acto seguido colgó el auricular y se giró posando los ojos en June especulativamente. No dejó de advertir que la chica lo estaba mirando con una mezcla de temor y ansiedad reflejada en sus grandes pupilas. Forzando una leve sonrisa, tanteó:

—Supongo que no te largarás si te dejo sola, ¿eh? En la calle no conseguirías escapar de Geo Brandeis.

June inclinó la cabeza y se abstuvo de contestar.

Adivinando lo que pasaba por la mente de la chica, aseguró Booth:

—Nada tienes que temer, June. Mis compañeros no tardarán en llegar y en adelante estarás protegida de cualquier eventualidad. Podrás sentirte segura.

Ella levantó los ojos mirándolo con fijeza.

Y después de unos segundos movió la cabeza afirmativamente.

Lorraine Cather no podía conciliar el sueño.

La habitación se hallaba en completa oscuridad, pero sus ojos se empeñaban absurdamente en traspasar las densas tinieblas. Sin motivo que lo justificara lo intentaba una y otra vez. Era como un juego superfluo y ella lo sabía de veces anteriores.

Le ocurría siempre que algo la mantenía en tensión.

Quiso analizar las causas determinantes para sentir aquel extraño desasosiego, pero no logró llegar a una conclusión satisfactoria. No obstante debía reconocer que todas las células de su cuerpo se hallaban excitadas, llenas de un influjo misterioso.

Y aquello llegaba a exasperarla.

Había transcurrido más de una hora desde que Booth la dejó en la puerta del hotel y...

¿Era Booth Sargent la causa de su desasosiego? ¿Acaso se trataba de la proposición que le hizo de ir a su apartamento? Ella se había negado a seguirle el juego. Y ahora, cuando recordaba la penetrante mirada masculina clavada en su cuerpo, tenía la impresión de que su comportamiento fue estúpido.

¿Se habría atrevido Booth a terminar el juego?

No podía saberlo. En sus ojos brillaban una luz entre burlona y cálida cuando le propuso ir con él. Pero ella se negó en un súbito arrebató de pudor. Y quizá Booth sólo había pretendido gastar una broma.

¿Por qué pensaba en todo aquello?

En la oscuridad, sus labios se distendieron esbozando una tenue sonrisa. Por lo menos ahora conocía la causa de su desvelo y se dijo que era inútil engañarse a sí misma. Todo el desasosiego que sentía en su interior lo debía a los ojos penetrantes de Booth Sargent.

Y sin embargo...

De repente sonó un campanillazo de alarma en su mente.

Inmóvil en el lecho, con todos los sentidos en tensión, trató de descubrir el hecho que súbitamente la había alertado. Su sistema defensivo actuaba por hábito al margen de su mente.

Sabía que un peligro la estaba rondando.

Agudizó el oído intentando captar en el silencio de la habitación las causas que habían servido para alertarla. Al principio no pudo escuchar nada anormal. Sólo su respiración acompasada que en ningún momento quiso disimular.

Luego llegó a sus oídos un ligero chirrido metálico. Era... como algo que se deslizaba.

¡La puerta!

Alguien estaba intentando entrar en la habitación.

A pesar de la agitación interior que la dominaba logró seguir fingiendo que dormía.

Vio que la puerta de la habitación se abría lentamente y dos siluetas se enmarcaban en el rectángulo. Dos figuras masculinas que cerraron la hoja de madera con el mismo sigilo con que la habían abierto.

Y sus ojos habituados a la oscuridad vieron que aquellos hombres echaban a andar en dirección al lecho.

La puerta estaba entreabierta.

CAPÍTULO VIII

Booth le aplicó un violento patadón irrumpiendo en la estancia con la pistola por delante. Pero apenas había dado un par de pasos se detuvo y echó una ojeada a su alrededor.

Tres uniformados agentes se ocupaban de dos fulanos que inclinaban la cabeza ceñudos. Se hallaban esposados y los policías estaban interrogándolos en un ángulo de la habitación.

El joven devolvió la pistola a la funda.

Lorraine Cather, sentada tranquilamente en el borde de la cama, lo miraba con un brillo de curiosidad en las verdes pupilas. Ante el mutismo momentáneo de Sargent, inquirió burlona:

—¿A qué se debe esa teatral entrada, Booth?

Sargent dio unos pasos acercándose a ella.

—¿Te encuentras bien?

—Naturalmente.

—Gracias a Dios —suspiró Booth aliviado—. Todo el camino vine lleno de temor por lo que pudiera haberte ocurrido.

Lorraine iba a responder, pero de pronto se sintió cogida por los hombros y una fuerza arrolladora la levantó en el aire.

Sin saber exactamente cómo había ocurrido se encontró entre los brazos de Booth que la apretaba contra su pecho de forma que le impedía llevar a cabo cualquier movimiento.

A continuación vio que se inclinaba sobre ella y le aplastaba los labios contra su boca en un interminable beso lleno de salvaje frenesí, de ávido apasionamiento irreprímible.

Lorraine se sintió invadida de un súbito calor que recorrió sus venas con intensidad aniquiladora. Ni siquiera pudo darse cuenta de que estaba correspondiendo a la brutal caricia con el mismo apasionamiento que Booth ponía en ella.

Aquella sensación embriagadora sólo duró décimas de segundo. Aunque a ella le pareció una eternidad.

De pronto todo pasó y volvió a ser dueña de sí misma. Hasta logró pintar en su arrebolado rostro una expresión de incredulidad cuando la soltó Booth.

Con voz jadeante, preguntó:

—¿Se puede saber a qué viene esto, Booth? El joven compuso una mueca irónica.

—Es a lo menos que tengo derecho, ¿no?

Lorraine iba recuperando su habitual aplomo por momentos. Y su sorpresa fue auténtica al preguntar con las cejas arqueadas:

—¿Estás hablando de derecho a besarme?

—Eso es —cabeceó afirmativamente Booth—. Yo te he salvado la vida y creo que merezco un premio.

Lorraine guardó silencio unos instantes y luego se quedó mirando irónicamente a Booth.

—De modo que me has salvado la vida, ¿eh?

—Bueno..., por lo menos te he ahorrado un mal trago. Esos dos sujetos no venían a nada bueno.

Los tres policías que custodiaban a los gorilas de Brandeis habían dejado de interrogarlos y estaban pendiente de la conversación que sostenían ambos jóvenes. Conocían sobradamente al teniente Sargent y no se asombraron en absoluto cuando lo vieron besar a la bella chica.

Se limitaron a sonreír socarronamente. Booth seguía diciendo:

—Fui yo quien dijo a Mathews que te enviara a estos muchachos. Y todo hace suponer que llegaron a tiempo, ¿no?

Lorraine dejó escapar una enigmática risita y se dirigió a uno de los uniformados agentes:

—¿Verdad que fue usted el primero en llegar?

El policía movió la cabeza en sentido afirmativo.

—En efecto, señorita.

—¿Tiene inconveniente en explicar al teniente Sargent lo que vio cuando entró en la habitación?

El agente los miró alternativamente durante unos segundos. Luego señaló con un ademán a los dos individuos esposados y tras un leve carraspeo empezó a decir:

—Pues..., cuando yo entré estos dos tipos estaban limpiando la moqueta del suelo a lengüetazos.

Booth arrugó la nariz.

—Ponlo más claro que me estoy volviendo majara.

—Quiero decir que ambos se hallaban tirados de bruces con la cara pegada a la alfombra. No representaban ningún peligro porque se mantenían inmóviles. La señorita sostenía una pistola en la diestra y los dos fulanos estaban más callados que un muerto. Cuando el agente terminó de hablar se pasó Booth la mano por los cabellos sin acabar de comprender todo aquello. Lorraine lo miraba con sorna.

—¿Sigues opinando que me salvaste la vida, Booth? El joven imprecó una maldición.

—¿Cómo infiernos pudiste hacerlo?

—En Inteligencia también recibimos un entrenamiento adecuado para salir airosos de estos trances, Booth.

—Pero..., esos sujetos son dos asesinos profesionales y tú... sólo eres una mujer. La muchacha recriminó sarcástica:

—Eso es discriminación al sexo opuesto, Booth. Tú eres de los que opinan que las mujeres han nacido para el hogar, ¿no? No importa que cada día estemos demostrando que nos hallamos capacitadas para competir a todos los niveles con el hombre.

Sargent dejó escapar un gruñido:

—¿Quieres hacer el favor de no burlarte? La chica se puso súbitamente seria.

—No me estoy burlando, Booth. Si perteneces a ese grupo de individuos que piensan en la mujer como un objeto más de la casa...

Booth dio un manotazo al aire y masculló interrumpiéndola:

—¿Es que vamos a mantener un coloquio sobre diferencias de sexo? Preferiría que me dijese cómo te libraste de esos dos tipos. Debe de ser interesante.

Hubo un prolongado silencio entre ellos y acabó confesando Lorraine:

—Tuve suerte.

Booth la miró asombrado.

—¿Eso es todo? Vamos, no te hagas la modesta ahora, nena.

La muchacha compuso una expresión de impaciencia y empezó a decir lentamente:

—Me encontraba despierta cuando advertí que alguien intentaba entrar en la habitación. Conseguí deslizarme del lecho sin hacer el

menor ruido y empuñé la pistola que siempre dejo cerca de mí. Luego encendí súbitamente la luz y quedaron tan sorprendidos que resultó sencillo dominarlos. Les ordené que se tirasen al suelo para poder vigilarlos mejor y obedecieron sin rechistar. A continuación llamé al capitán Mathews y fui informada de que venía a verme con toda urgencia. Apenas habían transcurrido tres minutos cuando apareció ese agente.

Booth se masajeó pensativo el mentón.

—Es cierto que tuviste suerte.

—Tan cierto como que no te debo la vida —volvió al tono irónico Lorraine—. Y ahora has contraído una deuda conmigo por precipitarte en cobrar las cuentas.

El joven arqueó las cejas.

—¿Una deuda?

—Naturalmente. Según dijiste, el beso que me robaste fue como una especie de recompensa por haberme salvado la vida. Ahora puedo exigirte su devolución.

Booth se la quedó mirando unos instantes y terminó riendo abiertamente.

—Con eso no hay problema, nena. Estoy dispuesto a...

Conforme iba hablando se fue aproximando a Lorraine y tuvo que contenerlo ésta poniéndole una mano en el pecho con firmeza.

—No tengo prisa en cobrar esa deuda, Booth.

—Me gusta ser buen pagador y...

—Yo te diré el momento de pagar —volvió a contenerlo ella—. De momento prefiero dejarla pendiente.

En eso apareció el capitán Mathews en la puerta y avanzó adentrándose en la estancia al tiempo que miraba en todas direcciones. Finalmente se detuvo frente a Lorraine y Booth.

—Me alegro de verla sin novedad —dijo a la muchacha forzando una tenue sonrisa—. No hubiera perdonado a mis chicos llegar tarde.

Booth hizo un escéptico ademán.

—Tus chicos llegaron tarde, Warren. Lorraine tuvo que ventilar sólita el asunto.

—¿Qué estás diciendo?

Sargent se vio obligado a informar de todo lo ocurrido al capitán. Lo hizo sin ocultarle ni un solo detalle, pero utilizando las

palabras justas para no extenderse demasiado. Mathews aún formuló algunas preguntas antes de darse por satisfecho y la propia Lorraine tuvo que responder a un par de ellas.

Finalmente se dirigió el capitán o los agentes que custodiaban a los acólitos de Geo Brandeis y les dio orden de llevárselos. Advirtió que debían mantenerlos completamente incomunicados hasta que él llegase. Deseaba estar presente en los interrogatorios.

Cuando los policías abandonaron la habitación llevándose a los dos tipos, se giró Mathews a ambos jóvenes.

—¿Hablamos ahora de la muerte de Jim Palmer, Booth?

—Me lo has quitado de la boca, Warren. Así que Jim Palmer ha muerto apuñalado, ¿eh?

—En efecto —cabeceó Mathews—. Lo hallamos con el vientre abierto salvajemente.

—¿Mostraba señales de haber sido golpeado con anterioridad?

—Es difícil saberlo porque todavía no tengo el informe oficial del forense. Sin embargo, he visto el cadáver y opino que no fue maltratado antes de ser cosido a puñaladas.

Booth se pasó la mano por el mentón pensativamente.

—No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

El joven tardó un poco en contestar:

—A Briton Thayer lo mataron cuando aún no sabía nada de la cámara. De eso no hay la menor duda. Con Palmer el caso es distinto porque pudieron averiguar que estuvimos con él. Pero si deseaban sacarle alguna información lo lógico hubiera sido zurrarle a fondo.

Lorraine terció apuntando:

—A menos que Palmer se asustara y lo dijera todo antes de ser apuñalado. Booth negó moviendo la cabeza.

—No lo creo.

—¿Por qué? —siguió preguntando Lorraine—. Ese Jim Palmer no me pareció un hombre muy entero.

—No se trata de la entereza que pudieron tener Palmer —explicó Booth—. Es costumbre de esos asesinos el maltratar a la víctima antes de quitarle la vida. Conozco bien el mundillo de los bajos fondos. Palmer hubiera recibido una soberana paliza de haber cometido el crimen la gente de Brandeis.

El capitán Mathews lo miró interesado.

—¿Tratas de hacernos creer que no han sido los pistoleros de Brandeis?

—Ésa es mi opinión.

—¿En qué te fundas?

Booth encogió los hombros.

—Puede que sea pura intuición.

—Vamos, Booth.

—¡Está bien! —exclamó el joven levantando los brazos—.

Aparte de la corazonada, me baso en dos hechos concretos. Uno: si Jim Palmer les dijo que andábamos detrás de una cámara no tenían necesidad de enviarnos gorilas a Lorraine y a mí. Dos: estoy completamente seguro de no haber llevado a nadie pegado a mi sombra en las dos veces que me entrevisté con Jim Palmer.

Mathews sacudió la cabeza chasqueando la lengua.

—Esa gente es lista.

—Y yo soy un sopas, ¿no? —Hizo una breve pausa y luego agregó—: Eso sin mencionar otro punto que existe a mi favor.

—¿Cuál?

—¿Qué ganaban matando a Palmer? Ese ratero era quien mejor podía encontrar la cámara. Geo Brandeis posee todo el poder entre la gente del crimen, pero desconoce el mísero mundo de los carteristas. Jim hubiera sido de gran ayuda para ellos.

Después de las últimas palabras de Booth se hizo un silencio. Al cabo de unos segundos lo rompió Mathews:

—¿Cuál es en tu opinión al siguiente paso?

—Encontrar lo antes posible a Will Hanna o Elton Taussig. Y no despegarnos de ellos hasta que la cámara se encuentre en nuestro poder. Es la forma de evitar que les ocurra lo mismo que a Thayer y Palmer. Si perdemos a esos dos todo se habrá ido a tomar viento.

—De acuerdo —asintió el capitán—. El caso es tuyo. Te tendré informado de lo que podamos sacar a los cuatro individuos que tenemos encerrados a buen recaudo.

—No te olvides de June —recordó Booth—. A ella también debes interrogarla. Pero...

—Descuida —lo cortó Mathews forzando una sonrisa—. No emplearé medios duros con ella. ¿Nos vamos?

Booth se rascó la nuca sin moverse del sitio.

—Bueno... —empezó a decir—. Es bastante tarde y creo que me moveré a plena efectividad si voy sólo en esta ocasión. Puede que Lorraine prefiera dormir un rato.

La chica negó moviendo la cabeza al tiempo que dejaba escapar una risita burlona.

—Lorraine no prefiere dormir, Booth. Lo que quiere es acompañarte para colaborar contigo en la búsqueda de esos dos rateros.

Sargent apretó los maxilares y miró a Mathews.

—Oye, Warren...

—No puedo hacer nada, Booth —lo interrumpió el capitán levantando la diestra—. Tengo órdenes de total colaboración con la persona asignada al caso por los altos jefes. Y dio la casualidad que esa persona es Lorraine Cather.

—De acuerdo —masculló el joven malhumorado—. Pero no me gusta llevarla pegada a mis pantalones como si fuera mi ángel de la guarda.

Lorraine le dirigió una cálida sonrisa.

—Puedo ser tu ángel de la guarda en cualquier momento, Booth. Es conveniente que no lo olvides.

Pero el joven ya no le prestaba atención.

Había girado sobre los talones y se encaminaba a la salida a buen ritmo. En el pasillo tuvo que acortar sus zancadas para que Lorraine y Mathews lo alcanzaran.

Los tres descendieron juntos a la calle.

El capitán Mathews los dejó enseguida y subiendo a su coche partió de allí a buena velocidad.

Mirando risueña al joven, inquirió Lorraine:

—¿Vamos en coche o cogemos el autobús?

Booth le enseñó los dientes.

—¿Nunca te han dicho que eres una tipa chistosa?

—Que soy chistosa me lo han dicho alguna vez. Pero nunca me dijo ningún amigo que soy una tipa.

Booth no respondió.

Se dirigió al coche y tomó asiento ceñudo tras el volante. Lorraine abrió la puerta del lado contrario y se sentó a su lado.

Tan pronto hubo cerrado ella la puerta, puso Booth el coche en marcha. Lo sacó del estacionamiento y enfiló la calle sin molestarse

en hacer comentario alguno.

Pero no había rodado ni cien metros cuando sintió un frío contacto en el cuello. Y una voz sonó fría a su espalda:

—Supongo que deseas seguir viviendo, ¿no?

CAPÍTULO IX

La primera reacción de Lorraine fue girar la cabeza sorprendida. Pero una mano férrea la sujetó violentamente por los rubios cabellos obligándola a permanecer inmóvil. Un leve gemido se escapó de los labios de la chica.

Y la misma voz de antes, aconsejó:

—Es mejor que sigas mirando al frente, encanto. ¿Qué puedes ganar volviéndote? Booth Sargent conservó toda su sangre fría y continuó conduciendo como si nada ocurriese. Interiormente se maldecía por aquella forma tan estúpida de dejarse atrapar. Pero de momento no tenía más alternativa que seguir la corriente al tipo que clavaba el cañón de una pistola en su cuello.

Rodaron un buen trecho en silencio.

Hasta que procedente del asiento posterior le llegó una segunda voz de suave modulación:

—Sigue tranquilo y todo irá bien, Sargent. ¿Te dice algo el nombre de Jack Whistler? Booth dio una lenta cabezada afirmativa.

—Muchas cosas.

—Dime una.

—Jack Whistler es la mano derecha del cerdo de Brandeis.

—Yo soy Jack Whistler, Sargent.

—Dios los cría y ellos se juntan.

Booth sintió que el cañón se clavaba con más fuerza en su cuello y llegaba casi a cortarle la respiración. Procuró conservar la calma y haciendo un esfuerzo lo consiguió.

Desde atrás le llegó el sonido de una tenue risita.

—Cecil tiene el dedo muy nervioso, Sargent —dijo Whistler—. Sigue mi consejo y olvida los insultos. A mi muchacho le puede dar por apretar el gatillo.

Ahora le tocó sonreír a Booth.

—Déjame que lo dude, Whistler. Cecil no es más que un cagón.

—Te gusta jugar con fuego, ¿eh, Sargent? Si Cecil aprieta ahora el gatillo...

—Nos vamos todos a la mierda, Whistler.

—¿Todos?

—Echa un vistazo al cuentamillas. A esta velocidad bastaría un pequeño giro al volante para estrellarnos contra una pared. Y que decida por nosotros la suerte.

—Pero tú no harás una cosa así, ¿eh?

—Depende de Cecil. Dile que aparte el cañón de mi cuello y hablaremos como personas civilizadas que no somos.

Booth había ido aumentando gradualmente la velocidad y en aquellos momentos el auto rodaba por encima del límite permitido. Jack Whistler permaneció unos instantes en silencio y a continuación hizo un gesto significativo al pistolero.

Cecil retiró la pistola y Booth respiró aliviado. Observando la satisfacción del joven, advirtió Whistler:

—Cecil sigue apuntándote a la nuca, Sargent.

—Puedo verlo por el retrovisor, Whistler. ¿Puedo hacer una pregunta?

—Prueba.

—¿Por qué envía Brandeis a su perro favorito? Este asunto tiene que ser muy importante para él. En caso contrario no estarías encargado de resolverlo, Whistler.

El hombre de confianza de Geo Brandeis hizo un vago ademán.

—Tú lo sabes tan bien como yo, ¿no, Sargent?

—No veo la relación que pueda existir entre los grandes negocios vuestros y un miserable grupo de rateros.

Jack Whistler chasqueó la lengua.

—Deja ya las payasadas, Sargent. Te consta que lo que andáis buscando es de vital importancia para Geo. Espero que seas buen chico y no te resistas demasiado en decirnos lo que es.

La mente de Booth se puso a funcionar vertiginosamente.

Su teoría de que Thayer y Palmer no habían muerto a manos de la gente de Geo Brandeis quedaba confirmada en parte. Porque sus pistoleros continuaban interesados en averiguar lo que la policía andaba buscando. Si Jim Palmer hubiera caído en poder de aquellos miserables, no habría tardado en decir lo de la cámara.

Y si daba por buena su corazonada seabría un interrogante

difícil de contestar; ¿quién estaba eliminando sistemáticamente a los rateros obstaculizando el trabajo de la policía? Era de todo punto imposible formar una conjetura en aquellos momentos. A menos que...

La voz de Whistler lo sacó de su abstracción:

^Geo quiere ser comprensivo contigo, Sargent. El joven compuso una mueca escéptica.

—No me digas.

—Te llevamos a verlo —siguió informando Whistler—. En su momento te indicaré el itinerario a seguir. Ahora piensa en que Geo tiene una buena oferta para ti y no debes rehusarla. No te puedes imaginar hasta qué punto sería contraproducente rechazarla.

Booth rió ácidamente.

—Me hago una idea.

—Seguro que te quedas corto, Sargent. Geo opina que toda persona tiene un precio. Unas veces es en oro y otras... en sangre. Y él paga generosamente en la moneda que su oponente desea. Nunca ha dejado de lograr sus propósitos.

—Ya.

—¿Sabes la vidorra que puede tirarse en Sudamérica un fulano cargado de dólares, Sargent?

—Me marea pensarlo, Whistler. Pero yo soy un simple trabajador y nunca tendré esa oportunidad.

—¿Quién sabe? —sonrió enigmático Whistler—. Tu vida puede cambiar después de la entrevista con Geo. Ya te he dicho que quiere mostrarse comprensivo contigo.

Mientras los dos hombres hablaban, Lorraine fue deslizándose la mano hacia el pequeño bolso que descansaba en su regazo. De poder sacar la pistola que guardaba allí...

Pero a pesar de la lentitud de sus movimientos, éstos no pasaron desapercibidos para Cecil. Comprendiendo rápidamente lo que pretendía hacer la chica, alargó la zurda y volvió a sujetarla con fuerza de los cabellos.

—Quietas las manos, zorra —masculló rabioso echándole el aliento en el cuello—. Apóyalas planas sobre el salpicadero y que no te vea moverlas.

Booth apretó los maxilares y sus ojos destellaron fugazmente. Pero no quiso intervenir.

Lorraine ni siquiera gimió por el brusco tirón de los cabellos. Adelantó el cuerpo y obedeciendo la indicación de Cecil quedó en incómoda postura con las manos apoyadas en el tablero.

Jack Whistler comentó irónico:

—Es atrevida la chica, ¿eh, Sargent?

—No puede pasar sin buscar complicaciones —replicó Booth procurando hablar con suavidad—. ¿Quieres que te dé una noticia, Whistler?

—Depende.

—Nos está siguiendo un coche patrulla de la policía. Creo que he rebasado el límite de velocidad permitida.

Coincidiendo con las palabras de Booth se empezó a escuchar el ulular intermitente de una sirena policial. Whistler imprecó una maldición girándose en el asiento con el rostro lívido. Comprobó la veracidad de lo que decía Sargent.

Brillantes las pupilas, silabeó:

—Aminora la marcha, Sargent.

—Entonces nos alcanzarán.

—¿Y qué quieres? —barbotó Whistler cada vez más nervioso—. Esos malditos alertarán a todos los coches que se encuentren por los alrededores y será imposible escapar.

Booth rió bajito.

—Ésa sería una buena solución a mi problema, Whistler.

—No lo creas, Sargent. En caso de peligro te llevarías el primer plumazo.

—¿A esta velocidad? No tenéis agallas para disparar.

—¡Maldito seas...! Esto lo vas a pagar caro, Sargent. Apoya la pistola en la nuca de este idiota, Cecil.

El pistolero obedeció la orden de Whistler y el cañón del arma se puso en contacto con la nuca de Booth. A pesar del peligro que corría, invitó sereno éste:

—¿A qué esperas para apretar el gatillo, Cecil? Sólo será una décima de segundo y acto seguido estaremos hechos papillas contra la pared.

Whistler rugió fuera de sí:

—¡Para el coche ahora mismo o te juro que ordenaré a Cecil que dispare, Sargent!

En lugar de obedecer, Booth iba aumentando la velocidad sin

cesar. El coche patrulla los seguía de cerca haciendo sonar insistentemente la sirena. En cada curva chirriaban los neumáticos de forma escalofriante. A la vertiginosa velocidad que llevaban, el menor fallo podía costarles perder la vida.

Debido a lo avanzado de la noche circulaban pocos vehículos. Pero algunos conductores se veían obligados a frenar en seco o subirse a la acera para evitar la colisión.

Whistler chillaba como un energúmeno:

—¡Para ya, imbécil!

Booth observó de reojo que Lorraine seguía con las manos apoyadas en el tablero. Consideró que se encontraba en situación de soportar lo que pensaba hacer y encogió los hombros, displicente.

—Como quieras, Whistler.

Acto seguido pisó el freno a fondo.

El coche se detuvo tan bruscamente, que el conductor del vehículo policial se vio obligado a pegar un golpe de volante para no estrellarse contra los perseguidos.

Booth vio pasar a Cecil convertido en un borrón.

Y la cabeza del pistolero chocó violentamente contra el parabrisas haciéndolo estallar en mil fragmentos.

CAPÍTULO X

Lorraine estuvo a punto de seguir a Cecil por el hueco del parabrisas. Sufrió una tremenda sacudida y su cabeza casi llegó a chocar contra la parte lateral del marco. La salvó del impacto el tener las manos apoyadas en el tablero.

Booth ya había contado con eso.

Jack Whistler se encontraba sentado en el momento del frenazo y debido a eso no salió disparado con la misma violencia que su pistolero. Pero aun así, se levantó y embistió al respaldo del asiento delantero sacudiéndole un fantástico testarazo.

Luego rebotó hacia atrás y todavía bastante aturdido intentó sacar la pistola de la axila. Pero Booth ya se había girado en el asiento y le aferró la muñeca impidiéndoselo. Hubo un feroz forcejeo entre ambos hombres y viendo el policía que tendría dificultad para dominarlo, metió la zurda estrellándola en el pómulo de Whistler.

El puñetazo dejó desmadejado al hombre de Brandeis.

Y en ese preciso instante asomó por la ventanilla la cabeza de uno de los agentes del coche patrulla. Encañonándolos con su revólver de reglamento, comentó sarcástico:

—¿Qué..., entrenándonos para Indianápolis? No me salgan diciendo que no escucharon la sirena, porque me lo han dicho ya cinco veces esta noche.

Booth le quitó la pistola a Whistler y girándose de nuevo empezó a decir:

—Oiga, agente...

El hombre le apuntó a la cabeza con el revólver amartillado.

—Deje caer ese juguete al suelo, amigo —conminó seco—. Hágalo y salga de ahí sin prisas. Luego ponga las manos planas sobre la carrocería y abra las piernas en compás como hacen en las películas. Ya me entiende, ¿no?

—Pero...

—Obedezca.

Booth descubrió en sus ojos que apretaría el gatillo si advertía cualquier movimiento sospechoso en él. Dejando escapar un suspiro obedeció las instrucciones.

Entretanto observó que el otro policía se estaba ocupando de Cecil cubriendo los torpes movimientos del pistolero con su arma. El acólito de Brandeis había rodado por el capó hasta terminar cayendo al suelo acompañado de una lluvia de diminutos cristales.

Con las manos apoyadas en la chapa del coche, dejó Booth que el agente lo cacheara de abajo arriba. Y cuando éste llegó a palpar la pistola, rió bajito.

—Además de pilotar bólidos tiene permiso de armas, ¿eh, amigo? Booth sacudió la cabeza afirmativamente.

—Introduzca la mano en el bolsillo izquierdo de la americana y encontrará algo sorprendente para usted.

—¿Sí?

—Haga lo que le digo.

—Si intenta jugarme una mala pasada...

—¡Hágalo de una vez, carajo! Soy el teniente Booth Sargent de la Brigada de Homicidios de Brooklyn. Mi credencial está en ese bolsillo y no quiero seguir perdiendo el tiempo.

El agente titubeó unos instantes.

Luego hizo lo que le decía Booth y cuando tuvo en su poder la documentación del joven, le echó un vistazo. Enseguida se la devolvió y guardando el revólver, se disculpó:

—Perdone, teniente, yo no podía saber...

—Olvídalo —lo atajó volviéndose Booth—. Usted cumplía con su deber. ¿Conoce al capitán Warren Mathews?

El policía dio una cabezada afirmativa.

—Estuve una vez en su despacho.

—Está bien —dijo Booth—. Ahora tengo que solicitar su colaboración, agente.

—¿De qué se trata, teniente?

—Quiero que estos dos fulanos sean llevados ante el capitán Mathews y yo tengo otra cosa que hacer. Es un asunto urgente que no puedo demorar.

—Jim y yo podemos ocuparnos de estos sujetos, señor.

—Perfecto. Dígale al capitán que estos dos tipos pertenecen a la camada de los otros cuatro que tiene en su poder. Y que procuraré ponerme en contacto con él tan pronto como me sea posible. Ahora no tengo tiempo.

El agente llamado Jim estaba colocando las esposas a Cecil manteniéndole las manos a la espalda. Jack Whistler se recuperaba de su desvanecimiento, pero se ocupaba de vigilarlo Lorraine que había sacado su pequeña pistola del bolso.

El policía que hablaba con Booth dirigió una ojeada a los dos individuos y preguntó:

—¿Son delincuentes importantes, teniente?

—Tan importantes, que no deben perderlos de vista ni un segundo. Pertenecen a la plantilla de Geo Brandeis y aprovecharían el menor descuido para intentar la huida.

Al pronunciar Booth el nombre del poderoso *gángster* dejó escapar un silbido el agente.

—Pierda cuidado, teniente —aseguró a continuación—. Estos dos fulanos llegarán a presencia del capitán Mathews. Le garantizo que no escapan.

—En eso confío.

El hombre señaló al roto parabrisas del coche de Booth.

—¿Piensa seguir utilizando ese vehículo, señor?

—Por ahora no tengo otra alternativa hasta que pueda llegarme al Parque Móvil. Dígame su nombre, agente.

—Pat Benson, teniente. Mi compañero es Jim Tirrell.

—De acuerdo, Benson, haga lo que le he pedido. La chica y yo tenemos que marcharnos enseguida.

—No se preocupe, teniente.

Booth asomó la cabeza por la ventanilla y miró risueño a Whistler.

—Si volvemos a encontrarnos espero que tengas la misma suerte que esta vez, Whistler. Nunca más en tu vida tendrás que preocuparte de alojamiento y pitanza.

El otro soltó un gruñido.

—Vete a la mierda, Sargent.

Booth se retiró enseñándole los dientes en lobuna sonrisa.

En compañía de Lorraine vio cómo los dos patrulleros introducían a Cecil y Whistler en el vehículo policial. Poco después

ondeó Benson la mano y el coche inició la marcha alejándose.

Al quedar solos, reprochó la muchacha:

—¿Siempre resuelves igual una situación apurada?

—¿De qué hablas?

—Del frenazo.

Booth esbozó una sonrisa.

—Los policías vulgares también recibimos entrenamiento adecuado, encanto.

—Estuve a punto de salir por el hueco del parabrisas.

—Todo estaba calculado —respondió el joven sin borrar la sonrisa de sus labios—. Tus manos se hallaban apoyadas en el tablero, ¿no?

Lorraine emitió un suspiro.

—Vamos a dejarlo —se encogió de hombros haciendo una corta pausa—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Seguir el plan trazado. Tenemos que encontrar cuanto antes a uno de esos dos rateros.

Lorraine permaneció en silencio unos segundos. A continuación murmuró pensativa:

—Geo Brandeis parece muy interesado en vernos.

—Cierto.

—¿Admites una sugerencia? Booth rió abiertamente.

—No faltaba más. Este país es democrático y cada cual puede decir lo que le parezca. La chica levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Opino que deberíamos hacer una visita a Brandeis.

—¿Con qué objeto?

—Tal vez lo desconcertáramos.

—No lo creo.

—Mi jefe dice que en determinadas ocasiones lo mejor es coger al toro por los cuernos.

—¿Y de dónde saca tu jefe que nosotros seamos toreros portugueses?

—Me he limitado a hacer una sugerencia.

—Sugerencia denegada. Lo primero es encontrar a uno de los dos rateros, nena. La chica se mostró resignada.

—Eres tú quien da las órdenes, Booth. El joven chasqueó la lengua, molesto.

—No pretendo ser un dictador, encanto. Estimo que no sabríamos nada positivo de una visita a Geo Brandeis. Los que pueden ayudarnos a encontrar la cámara de marras son Taussig y Hanna. Vamos a husmear en la madriguera de Taussig.

Lorraine señaló el auto.

—¿Es necesario utilizarlo? Booth la miró sorprendido.

—Desde luego. No tenemos nada mejor a mano.

—No tiene parabrisas y resultará incómodo.

—Pero así no se calentará el ambiente en su interior. Prometo buscarte una carroza en cuanto me sea posible. Vámonos ya.

Lorraine crispó los labios molesta por las burlonas palabras de Booth, pero guardó silencio.

Los dos jóvenes se metieron en el auto y Booth lo puso en marcha apartándolo de la acera. Durante un cuarto de hora rodaron en dirección norte adentrándose por calles nada tranquilizadoras. En aquel sector los edificios presentaban un aspecto deplorable. No cambiaron ninguna palabra entre sí.

Finalmente detuvo Booth el coche frente a un inmueble de dos plantas. La fachada estaba llena de mugre y alguien había pintado en ella letreros obscenos. Descendiendo, comentó Booth:

—Estamos frente a la pocilga de Elton Taussig.

—¿Crees que estará ahí?

—Lo sabremos echando un vistazo.

Booth se dirigió a la entrada del inmueble seguido de cerca por la muchacha, que miraba aprensivamente en torno a ella. El portal era cochambroso y difusamente iluminado por una bombilla de menos vatios que cualquier vela de las que ponen en un pastel de cumpleaños. Las húmedas paredes rivalizaban en suciedad con la fachada exterior.

Todo aparecía sórdido.

No encontraron a nadie en su camino y subieron al piso superior utilizando la escalera de gastados peldaños. Una vez arriba se adentraron en un pasillo con puertas a ambos lados.

Booth se detuvo frente a la segunda puerta de la parte izquierda haciendo un ademán a Lorraine para que lo imitara.

Quedamente, susurró:

—Aquí vive nuestro hombre.

—Este sitio es siniestro, Booth.

—Tan siniestro como la gente que viven en él.

Sin esperar más, golpeó Booth la hoja de madera con los nudillos y al segundo golpe cedió la puerta quedando entreabierta. El joven arrugó la nariz y desenfundó la pistola.

A continuación indicó a Lorraine que se hiciera a un lado y sin dudar ni un segundo aplicó un patadón a la puerta. Ésta acabó de abrirse violentamente y Booth saltó al interior de la vivienda con la pistola apuntando al frente.

Apenas había dado un par de pasos cuando se detuvo paralizado por la sorpresa. Porque Elton Taussig parecía estar esperándolos sentado de cara a la entrada.

Y les enseñaba un palmo de lengua. Pero no se estaba burlando de nadie.

Alguien le había puesto una corbata en contra de su voluntad y apretó tanto el nudo, que acabó cortándole la respiración. Luego completó primorosamente su obra atándolo a la silla para mantenerlo erguido frente a la entrada.

No hacía falta ser un lince para darse cuenta que Elton Taussig estaba muerto.

CAPÍTULO XI

Booth tocó con el dorso de los dedos la piel del cadáver. La frialdad de la muerte empezaba a hacer presa en aquel cuerpo retorcido y eso demostraba que Elton Taussig llevaba más de media hora sin vida.

Lorraine avanzó unos pasos con el rostro demudado.

A pesar del horrible espectáculo que ofrecía Taussig, la chica se mostró admirablemente serena. Pero tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para dominar las náuseas que se apoderaban por momentos de ella. A duras penas lo consiguió.

Booth se percató de su estado de ánimo y se fue al dormitorio. Poco después, regresaba con una sucia sábana que utilizó para cubrir el cadáver. Luego se giró a Lorraine.

—Si tienes urgente necesidad de ir al lavabo, lo comprenderé. Ella musitó con un hilo de voz:

—Creo... que no hará falta. Ha sido la primera impresión...

—Me hago cargo —asintió Booth—. Resulta un espectáculo poco recomendable. Hubo un corto silencio entre ellos y masculló Booth:

—Está visto que no tenemos suerte. Alguien corre delante de nosotros y no podemos darle alcance.

Lorraine seguía mirando como fascinada el bulto bajo la sábana.

—¿Quien puede haberlo matado?

—Los mismos que liquidaron a Thayer y Palmer —respondió el joven reflexivo—. Parecen estar sumamente interesados en que no podamos obtener información de estos rateros.

—¿Sigues pensando que Brandeis es ajeno a estas muertes?

—Estoy convencido —sacudió la cabeza afirmativamente Booth—. Ten en cuenta que Whistler se hallaba con nosotros mientras mataban a este tipo. No obstante, reconozco que Brandeis es el primer beneficiado en que no podemos sacar nada a esta gente. Pero sigo pensando que no es responsable de los crímenes.

—¿Qué otra persona puede tener interés en que no encontremos la cámara, Booth?

—A esa pregunta no puedo contestar. Si pudiera hacerlo tendría mucho ganado. Lorraine quedó unos segundos pensativa y luego comentó:

—Brandeis puede estar haciendo un doble juego.

—Bobadas. No tiene ninguna necesidad de hacerlo. Si estuviera informado de que andamos detrás de una cámara se pondría a buscarla con ahínco. Hacer matar a unos inofensivos rateros no le reporta ningún beneficio.

Lorraine iba a seguir hablando, pero en eso se puso a sonar un teléfono que colgaba en la pared del fondo. El primer timbrazo los sobresaltó, pero Booth reaccionó con prontitud y se dirigió al aparato.

Descolgando el auricular se lo aproximó al oído y procuró ser lacónico:

—¿Sí?

Del otro lado del hilo le llegó una voz excitada:

—Tienes que salir de ahí lo antes posible, Elton. Si quieres conservar la vida debes abandonar ese lugar a toda prisa.

No tuvo Booth dificultad en reconocer a Will Hanna. Y hablando con autoridad, dijo:

—Soy el teniente Sargent, Hanna. No me cuelgues si en verdad tienes apego a la vida. Booth casi pudo escuchar el respingo de sorpresa que dejó escapar Hanna al otro extremo del hilo.

Hubo un corto silencio y preguntó el ratero:

—¿Qué hace usted ahí, teniente?

—He pretendido salvar la vida de Taussig sin conseguirlo. Y ahora... ¡No cuelgues, maldita sea!

Con voz jadeante, inquirió Hanna:

—¿Quiere decir que... han matado también a Elton?

—Eso es, Hanna. Alguien le ha puesto una corbata demasiado apretada en torno al cuello.

—¡Dios mío...!

—Déjate de gimoteos que a nada conducen, Hanna. Necesito toda la información que puedas darme.

—Me... matarán a mí también.

—Escucha con atención, Hanna —habló sin detenerse Booth—.

Tus amigos han muerto, pero tú aún estás a tiempo de salvar la vida. Sólo que tendrás que esconderte hasta que yo de contigo. Dime un lugar donde puedas esperarme y me pondré en camino ahora mismo.

—Voy a huir de la ciudad, teniente —volvió a gemir asustado Hanna—. No soporto...

—Deja de decir tonterías, Hanna —lo cortó Booth tajante—. Te consta que no tienes otra tabla de salvación que la policía. El asesino de tus amigos te encontrará antes o después por muy lejos que vayas. Sólo puedes salvarte escondiéndote hasta que yo pueda llegar a tu lado. Necesitas mi protección.

—Usted no puede hacer nada, teniente.

—Déjame intentarlo, Hanna. No tienes otra alternativa.

Se hizo un silencio y Booth comprendió que el ratero estaba pensando su proposición. No le interesaba que el pánico se apoderara de él y por eso atosigó:

—Vamos, Hanna, sabes que no tienes otra salida.

Aún siguió el silencio unos instantes y de pronto dijo Hanna hablando con rapidez:

—¿Sabe dónde está el bar de Sonny, teniente?

—Sí.

—Lo espero en el reservado número cinco.

—De acuerdo, Hanna, estaré ahí en unos minutos. —Booth hizo una pausa y enseguida inquirió—: ¿Has podido averiguar algo respecto a la cámara?

—No puedo seguir más tiempo aquí, teniente —habló implorante el ratero—. Se lo explicaré cuando nos encontremos.

—Pero puedes adelantarme...

—¡No tarde en venir, por el amor de Dios!

El chasquido que escuchó Booth le indicó que Will Hanna había colgado el teléfono. Imprecando una maldición entre dientes colgó a su vez el auricular girándose a Lorraine que lo estaba mirando especulativamente. Respondiendo a la muda interrogación de la muchacha, explicó:

—Will Hanna es nuestra última oportunidad.

—¿Has podido convencerlo?

—Creo que sí —movió la cabeza Booth—. Nos espera en un bar de mala muerte situado a pocos minutos de aquí. De todas formas

debemos darnos prisa si queremos encontrarlo con vida. No me perdonaría que el asesino se nos volviera a adelantar.

Lorraine miró fugazmente hacia el cubierto cadáver de Taussig.

—¿Quién...?

—Avisaremos por la radio para que vengan a recogerlo —la interrumpió Booth encaminándose a la salida—. En cuanto a los vecinos... ninguno vendrá a husmear por aquí. Esta gente viven como las ratas y evitan buscarse complicaciones.

Ambos jóvenes salieron a la calle y se metieron en el coche.

Booth utilizó la radio para comunicar la muerte de Elton Taussig. También dio la dirección del bar Sonny y solicitó que dos coches patrullas se dirigieran al lugar. Ordenó que uno de los coches se situara en la salida trasera del bar y aguardara acontecimientos.

Luego puso en marcha el vehículo y se lanzó a buena velocidad por las calles húmedas de la ciudad. Había una suave neblina en el ambiente que «sin embargo», no llegaba a restar visibilidad.

Después de un trecho en silencio, inquirió Lorraine con cautela:

—¿Puedo hablar sin que te molestes, Booth?

El joven arrugó primero el entrecejo un tanto sorprendido. Luego compuso una mueca irónica.

—Si no insultas a mi familia...

—Bueno... —titubeó la chica visiblemente turbada—. El caso es que en algunas ciudades existen policías que... aceptan sobornos. Yo estaba pensando en la posibilidad...

—No sigas —la cortó adusto Booth—. He desechado lo que estás pensando hace muchas horas. Warren Mathews es honrado a carta cabal y no podemos poner en tela de juicio su integridad. Trabajo con él hace demasiados años y jamás he visto que su comportamiento fuese sospechoso.

Lorraine se mordió el labio guardando silencio.

Comprendiendo lo que estaba pasando por la mente de la muchacha, dijo en tono más suave, Booth:

—No te preocupes porque lo que tú has pensado es una consecuencia lógica de la situación. Nos encontramos con el enigma de tres muertes sin tener el menor indicio de quién puede ser el asesino. Yo soy el primero en descartar a Geo Brandeis. Sí tenemos en cuenta que cuando murió Thayer sólo Warren, tú y yo, sabíamos

que intentábamos ponernos en contacto con él, no es descabellado llegar a la conclusión de que el capitán está involucrado en el asunto. Si yo he desechado esa posibilidad es debido a que tengo absoluta confianza en él.

Lorraine reconoció:

—Ese detalle es precisamente el que me ha hecho sospechar.

—Hay que buscar por otra parte —siguió convencido Booth—. Comprendo que el caso está difícil, pero debemos insistir en hallar una pista que nos lleve al asesino.

—Habría que saber qué otra persona puede estar interesada en que no encontremos la cámara.

Booth dio una cabezada y preguntó de sopetón:

—¿Qué me dices de tus jefes?

Lorraine titubeó unos segundos antes de responder.

—Yo también los descartaría, Booth.

—En ese caso estamos como al principio, nena. Alguien está eliminando a todas las personas que pueden conducirnos a lo que buscamos y presiento que no sacaremos nada en claro. No tenemos ni una ligera idea de quién puede ser.

—Es posible que Hanna nos lo aclare. Booth chasqueó la lengua.

—Empiezo a dudarlo.

Durante unos instantes ambos guardaron silencio.

El coche siguió rodando a buena velocidad y no tardó Booth en adelantar el mentón, indicando:

—Ahí tenemos el bar de Sonny.

Segundos más tarde detenía el vehículo frente a un establecimiento poco recomendable a juzgar por su aspecto exterior. Antes de descender se giró en el asiento mirando a Lorraine.

—Quizá sea mejor que me esperes aquí.

Ella se apresuró a negar moviendo la cabeza con energía.

—Prefiero ir contigo —replicó decidida—. Me sentiré más segura a tu lado.

Booth dio una cabezada de conformidad y bajando del coche se encaminó a la entrada del bar seguido por Lorraine. La puerta, de sucios cristales opacos, estaba necesitando una buena capa de pintura. El joven empujó la madera sin vacilar y ambos se colaron en el local.

La clientela era escasa y la mugre abundante. El propietario se hallaba ocupado en pasar un trapo lleno de porquería a unos vasos pringosos. Tenía una colilla apagada en la comisura de los labios y se limitó a mirar indiferente a la pareja de recién llegados.

Los catalogó como otros de tantos que llegaban allí buscando ansiosamente la intimidad de un reservado. Por eso respingó sorprendido cuando Booth le puso la placa bajo la nariz.

—Teniente Sargent de Homicidios. Un amigo me está esperando en el reservado número cinco.

El dueño del tugurio empezó a ponerse súbitamente nervioso.

—Oiga, teniente...

—¿Por dónde se va a los reservados?

Aquel fulano levantó una mano y señaló hacia una cortina situada a su derecha.

—Detrás de la cortina hay un pasillo. Pero...

Booth no escuchó lo que pretendía seguir diciendo el individuo. Se dirigió a la cortina que hacía juego en roña con todo el local y la apartó de un manotazo.

Ante él apareció un pasillo con puertas a ambos lados.

Y justo en aquel instante vio que se abría una de ellas violentamente. Un sujeto brotó del hueco convertido en un ciclón y corrió como un gamo en dirección al fondo del corredor.

Allí había una puerta que daba a una calleja.

Booth comprendió en el acto lo que ocurría. Sin pensarlo ni una décima de segundo echó a correr en persecución del fugitivo. Llegó a la altura del hueco abierto y echó una breve ojeada al interior del reservado.

Se le puso carne de gallina.

Will Hanna se encontraba en el suelo con un cuchillo clavado en el pecho. Girándose rápidamente a Lorraine, gritó el joven:

—¡Ocupate de Hanna!

—¡Quieto ahí o disparo!

CAPÍTULO XIII

El fugitivo no hizo el menor caso al aviso de Booth. Abrió apresuradamente la puerta que daba a la callejuela y desapareció por ella a la máxima velocidad que le permitían sus piernas.

Booth abrió fuego.

La bala mordió el marco de madera sin alcanzar al fulano. El joven hizo un segundo disparo en señal de aviso al coche patrulla que debía esperar en aquélla callejuela.

El fugitivo se creyó a salvo tan pronto se encontró en las tinieblas. Todo era oscuridad a su alrededor y pensó que no tendría dificultad en dar esquinazo al hombre que lo perseguía.

Pero aún no había terminado su pensamiento cuando se encendieron unos faros iluminándolo de lleno. Y una voz potente advirtió:

—¡Policía!

El sujeto saltó de costado buscando la protección de unas cajas y sacó una pistola de la cintura. Inmediatamente se puso a disparar como un poseso.

Hizo hasta cuatro disparos seguidos y en la pausa que hubo después de ellos, volvió a escuchar que la voz conminaba:

—¡Tire la pistola y conservará la vida!

En lugar de obedecer, el individuo apretó los maxilares y siguió disparando como un endemoniado. Uno de los faros estalló al recibir un balazo.

Entonces empezaron a llover proyectiles sobre él.

La oscura callejuela se llenó de cárdenos fogonazos y el hombre se puso a bailotear grotescamente al recibir en sus carnes varios balazos simultáneos. Quiso retroceder buscando el amparo de las cajas, pero ya no tenía tiempo de protegerse. Sólo consiguió dar un traspíe tambaleándose como si estuviera ebrio.

La pistola se le escurrió de entre los dedos.

Todavía hizo el individuo un titánico esfuerzo por mantenerse erguido, pero sus piernas se doblaron y echando una bocanada de sangre rodó aparatosamente por el suelo. Su cuerpo sufrió unas sacudidas antes de quedar inerte con el rostro cara a las estrellas.

Booth entró en la zona iluminada y se aproximó al caído sin recelo alguno. Los dos agentes del coche patrulla llegaron a su lado en el momento en que él se arrodillaba junto al herido.

El hombre aún se hallaba con vida.

Booth observó que tendría de cuarenta y ocho a cincuenta años. Vestía atuendo deportivo y por su aspecto más parecía un millonario en vacaciones, que un terrible asesino. Pudo ver con claridad su semblante y estaba seguro de no conocerlo.

Tuvo el pleno convencimiento de que aquel fulano no pertenecía al gremio de asesinos en activo fichados por la policía de Nueva York. No obstante, se dijo que podía tratarse de un profesional del crimen contratado en otra ciudad.

El pecho del herido subía y bajaba agitadamente y pensó Booth que sus minutos de vida estaban contados. Súbitamente abrió los ojos clavándolos desesperadamente en el joven.

Sus labios manchados de sangre se movieron temblorosos.

Comprendiendo que el moribundo deseaba comunicarle algo, apremió interesado Booth:

—¿Por qué lo ha hecho, amigo?

El hombre siguió mirándolo con evidente desesperación y finalmente pudo articular con voz apenas audible:

—Mi... hija...

El joven arrugó el ceño.

—¿Qué le sucede a su hija?

Pero el individuo expiró sin poder pronunciar ninguna palabra más.

Dobló la cabeza a un lado y volvió a echar sangre por la boca abundantemente. La vida huyó de su cuerpo y Booth aún siguió unos instantes a su lado fruncido el entrecejo.

La alusión que hizo el hombre a su hija antes de morir, lo había desconcertado. ¿Qué habría querido dar a entender nombrando a su hija? Era muy posible que el misterio muriera con él.

Uno de los agentes murmuró contrito:

—Lo siento, teniente.

—No podíais hacer otra cosa —respondió Booth incorporándose—. Ahora debéis llamar a una ambulancia y pasar aviso al capitán Mathews. Que se den prisa en acudir, porque dentro del bar tenemos a otro herido.

—Sí, teniente.

Booth no perdió tiempo en regresar al local de Sonny.

Irrumpió en el pasillo y observó que otros dos agentes estaban conteniendo a los curiosos, entre los que se hallaba el dueño del establecimiento. Eran los patrulleros del segundo coche solicitado, que llegaron con algo de retraso.

Booth entró en el reservado número cinco.

Vio a Will Hanna tendido sobre un charco de sangre, con un cuchillo clavado hasta el mango en el centro del pecho. Lorraine se encontraba junto a él y le sostenía la cabeza con la diestra, apoyada en su muslo la nuca del ratero.

Éste tenía intensamente pálido el semblante y forzó una sonrisa al entrar Booth.

—Ha llegado tarde, teniente.

Booth comprendió que era un comentario más que un reproche. Porque el malhechor parecía extrañamente resignado con su mala suerte. Como si hubiera estado esperando aquel tremendo cuchillazo de antemano, sin poder hacer nada para evitarlo.

Se adelantó Booth situándose al otro lado de Lorraine y cambió una mirada de inteligencia con la chica.

Luego echó un rápido vistazo a la herida. Hanna estaba grave, pero su muerte no parecía inminente. Todo dependía de lo que pudiera tardar en acudir la ambulancia. El mayor peligro para el ratero venía de la hemorragia.

Sacudiendo la cabeza, informó el joven:

—Si te sirve de consuelo, el tipo que te ha clavado el cuchillo está muerto, Hanna. El herido compuso una mueca.

—Ese hombre no merecía la muerte, teniente. Estaba en su derecho acabando con ratas como nosotros.

Booth arqueó las cejas profundamente sorprendido.

—No te comprendo, Hanna —murmuró sin salir de su asombro—. ¿Vas por ahí perdonando a todo el que te clava un cuchillo en el pecho? Es algo que nunca hubiera sospechado.

El pálido semblante del ratero se crispó en extraña mueca que

no pudo convertirse en sonrisa.

—Siento verdadero placer de verlo desconcertado, teniente. Aunque me esté muriendo.

Booth dejó escapar un gruñido.

—Vamos a lo que realmente interesa, Hanna. Quiero que me digas lo que puedas haber averiguado respecto a la cámara.

—Teme que me pueda morir sin decirlo, ¿eh, teniente?

—En efecto, Hanna —replicó el joven sin andarse con paños calientes—. Y convertido en cadáver no me sirves de nada.

—No... tema —silabeó el delincuente lívidas las facciones—. No creo que dure mucho, pero aún tengo cuerda para unos minutos. Y quiero hacerlo a mi manera.

—¿Qué diablos estás pensando, Hanna?

—Siempre era usted quien daba las órdenes y nosotros obedecíamos como borregos temerosos. Ahora no tiene otra alternativa que amoldarse a mi juego.

Booth apretó los maxilares.

—¿Cuál es tu juego?

—Yo se lo diré.

—Te advierto que la ambulancia está a punto de llegar y todavía tienes posibilidad de salvar la vida. Sólo que no te dejaré salir sin confesar lo que sepas.

—Eso es mentira, teniente. Diga lo que quiera, pero primero debe escuchar los motivos que tenía ese hombre para exterminarnos.

Booth dejó escapar un resoplido.

—Procura ser breve, Hanna.

El moribundo sintió una fuerte punzada en el pecho al querer reír irónicamente.

—Está nervioso, ¿eh?

—Sí, maldita sea.

—¿Sabe que ese hombre tenía dinero en cantidad?

—Vamos, Hanna —apremió Booth—. Termina de una cochina vez.

Will Hanna rió bajito y a continuación empezó a explicar sin darse demasiada prisa:

—Fue Briton quien tuvo la genial idea de secuestrar a la hija de ese hombre que ha terminado con los cuatro. Ocurrió hace unos tres

meses aproximadamente y todo salió según lo planeado. Ese sujeto pagó el rescate sin avisar a la policía, obedeciendo fielmente las instrucciones que le dimos. Nosotros le prometimos que le devolveríamos a su hija sin causarle daño alguno. Pero Briton y Jim pensaron que antes podían pasar un rato agradable con ella. Los muy cerdos la violaron salvajemente sin escuchar las súplicas desesperadas de la muchacha. Luego... la dejamos en el lugar convenido de antemano. Pero en pocas horas habían pasado veinte años por la chica. Daba pena verla.

Booth no pudo evitar sentirse interesado.

—¿Quién era ese hombre?

—Nada menos que el rico industrial Peter Mackenzie. Un fulano podrido de dólares.

—Sigue, Hanna.

—Creo que el resto se lo puede imaginar, teniente. Parece ser que Peter Mackenzie contrató los servicios de un buen detective hasta dar con nosotros. Y cuando supo nuestros nombres... se encargó personalmente de la venganza.

Booth se pasó la mano por el mentón.

—De modo que era eso —dijo cambiando una breve mirada con Lorraine—. En este oficio siempre nos aguarda una sorpresa a la vuelta de la esquina.

El herido, cada vez más débil, forzó una risita que sonó áspera.

—Usted pensó que el asunto de la cámara estaba relacionado con nuestras muertes, ¿no?

—En efecto, Hanna.

—Pues... se ha equivocado. Yo creí...

Un golpe de tos sacudió al moribundo ratero y los labios se le llenaron de sangre impidiéndole seguir hablando. Booth y Lorraine se percataron de que Hanna se estaba apagando por momentos.

Volvieron a intercambiar una mirada.

Booth comprendió el mudo mensaje de la chica y pidió suavemente al lívido delincuente:

—Dime ahora lo concerniente a la cámara, Hanna. Necesitamos tu colaboración.

—Parece... que tiene prisa, ¿eh, teniente?

—Habla de una vez, maldita sea.

Will Hanna estuvo unos instantes silencioso. En sus pupilas

había evidente burla cuando posó los ojos en el joven. Booth temió que se negase a decir lo que sabía.

Pero después del intervalo, musitó:

—Lo de la cámara ha sido fácil, teniente.

—¿Dónde está?

—No tenga tanta... prisa, demonios. Todavía puedo estar hablando todo el tiempo que... quiera.

—Y un cuerno, Hanna —masculló Booth conteniendo a duras penas la furia que lo dominaba—. Te juro que tienes una pierna aquí y otra en la sepultura.

El ratero quiso sonreír de nuevo sin conseguirlo.

—Siempre me ha encantado su diplomacia, teniente.

—Déjate de monsergas y habla de una vez.

En los labios de Hanna apareció sangre nuevamente y se los limpió Lorraine con un pañuelo. El moribundo se lo agradeció con una mirada y acto seguido se dirigió a Booth:

—¿Conoce a Ray Greene, teniente?

—¿El anticuario de la calle Cuarenta y dos?

—Ése.

—Lo conozco, Hanna.

—Pues él... tiene la cámara expuesta en el escaparate. La compró por tres cochinos dólares a un principiante. ¿Cuándo dejarán de meterse aficionados en nuestro oficio?

En la puerta del reservado aparecieron dos hombres vestidos de blanco portando una camilla. Se aproximaron al moribundo, pero Booth los contuvo haciendo un ademán.

A continuación puso la mirada en Hanna y preguntó:

—¿Puedo fiarme de ti?

—Seguro, teniente. Sólo que tendrá dificultades para hacerse con esa dichosa, cámara. Booth arrugó el ceño.

—¿De qué hablas?

—Geo Brandeis también sabe que la tiene Ray Greene. Me pagó generosamente... la información.

El joven se incorporó bruscamente imprecando una maldición.

—Cerdo asqueroso...

Y sin molestarse en indicar a los camilleros que ya podían llevárselo, salió a toda prisa del reservado. Tuvo que abrirse paso a codazos entre los curiosos que taponaban la puerta del pasillo y

poco después llegaba a la calle.

Lorraine echó a correr detrás de él.

Booth tomó asiento tras el volante y se disponía a poner el contacto cuando se abrió la portezuela contraria y la muchacha penetró en el coche instalándose a su lado.

El joven chasqueó la lengua moviendo la cabeza.

—Esta vez te quedas en tierra, nena.

—Ni lo sueñes. Ahora que estamos a punto de conseguirlo...

—¡Lo que estamos a punto de conseguir es que nos llenen el cuerpo de plomo! —masculló Booth atajándola—. Si los pistoleros de Brandeis llegan antes que nosotros habrán fuegos artificiales.

—Te puedo echar una mano. El joven soltó un resoplido.

—Escucha, cabezota...

Ella levantó una mano cortándolo.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso, Booth. Si esa gente se nos adelanta estará todo perdido. Nunca dispondremos de una oportunidad tan favorable para atrapar a ese criminal. Hay que conseguir las pruebas a toda costa.

Booth dejó escapar un gruñido de contrariedad y puso el contacto maldiciendo en voz baja. Sabía que nada iba a lograr discutiendo con la muchacha. Pisó a fondo el pedal del gas y el auto salió de allí convertido en un bólido.

Aún no habían rodado cien metros, cuando indagó Lorraine:

—¿Está lejos la tienda de Greene? Booth respondió abruptamente:

—Si este cacharro tuviera alas a un par de minutos.

—Sería conveniente ponerse en contacto con Mathews y movilizar a todos los coches patrullas de las proximidades, ¿no crees? Cualquiera sabe lo que encontraremos en esa tienda.

Booth encogió los hombros y señaló la emisora.

—Hazlo tú, encanto.

CAPÍTULO XIII

Ray Greene, un tipo decrepito con cara de búho, tendió la cámara fotográfica a uno de los tres individuos que lo rodeaban mirándolo amenazadoramente. A pesar de haber recibido un par de bofetadas y estar atemorizado, se atrevió a decir con un hilo de voz:

—He... pagado cinco dólares por ella.

El fulano dejó escapar una risita rasposa y sospesó en las manos aquella cámara, como si haciéndolo pudiera saber el verdadero valor que tenía para su jefe. Luego desvió la mirada al compañero situado a su derecha y preguntó socarrón:

—¿Qué dices tú, Morgan?

El aludido chasqueó la lengua componiendo una mueca.

—Este tipo nos quiere tomar el cuero cabelludo, Lorne. Seguro que no pagó ni dos dólares por ella.

Ray Greene se pasó la punta de la lengua por los labios reseco y haciendo un esfuerzo, empezó a decir:

—Les juro que...

—¿Quieres que te dé un buen consejo, Greene? —lo interrumpió el hombre llamado Lorne—. Lo mejor que puedes hacer es regalarla. Este trasto es pura dinamita y te hacemos un favor quitándotela de encima sin pagar ni un centavo.

—Pero...

Lorne clavó en el anticuario una dura mirada.

—¿Vas a discutir mi precio, Greene?

En anticuario tragó saliva con dificultad.

—No..., no, señor.

—Eso está mejor, Greene —aseguró jocoso Lorne—. Dicen que los anticuarios sois unos roñosos, pero yo no estoy de acuerdo. Tú, por ejemplo, no lo eres.

—Bueno...

Lorne alargó la mano libre y le palmeó sonoramente la mejilla.

—No me defraudes hablando ahora, Greene.

Charlie Curtis, el tercer componente del grupo, se removió inquieto y rezongó:

—Nos dijeron que una vezuviésemos la cámara debíamos regresar a toda prisa, Lorne.

—Ya lo escuché, Charlie.

—¿Y a qué esperamos para salir pitando?

Lorne cambió una risueña mirada con Morgan y filialmente exclamó incrédulo:

—No me digas que tienes miedo, Charlie.

—Sabes que no temo a nada, Lorne —silabeó Charlie—. Pero debemos irnos ya.

—Está bien, chico. Salgamos de aquí.

Sin embargo, antes de encaminarse a la salida disparó Lorne el puño y alcanzó al anticuario bajo el mentón. Greene se puso en movimiento a la velocidad de un rayo y no paró hasta estrellarse contra una vitrina llena de soldaditos de plomo.

Todo un ejército se le vino encima y quedó tendido en el suelo sin conocimiento. Los tres granujas rieron divertidos y salieron a la calle.

Cruzaron la acera dirigiéndose a un coche oscuro estacionado frente a la tienda y ya lo alcanzaban, cuando escucharon que una voz avisaba procedente de las sombras:

—¡Somos la policía! Levantad los brazos o dispararemos. Durante unos instantes quedaron inmóviles por la sorpresa.

Pero Lorne reaccionó con prontitud y en lugar de obedecer la orden se arrojó al suelo sacando la pistola de la funda sobaquera. Buscó la protección del coche y se puso a disparar frenético.

Charlie y Morgan quisieron imitarlo.

El segundo de ellos no tuvo suerte y nunca pudo llegar a protegerse.

Un balazo surgió de las sombras alcanzándolo en el pecho. Soltó el arma a medio desenfundar y se desplomó.

Charlie tampoco llegó muy lejos. Consiguió desenfundar la pistola corriendo encorvado hacia uno de los coches estacionados y disparó hasta un par de veces antes de resultar alcanzado.

Un balazo le atravesó la cabeza.

Siguiendo el impulso irrefrenable de su carrera salid catapultado

con fuerza hacia adelante y su cabeza contactó violentamente contra la portezuela de un auto. Salió rebotado y cuando quedó de bruces sobre la acera, era ya un cadáver.

Entretanto, Lorne seguía disparando guiándose por los rojos fogonazos que brotaban en la noche.

Y de repente se quedó convertido en estatua.

Porque en la sien derecha notó el frío contacto del cañón de una pistola, al tiempo que una voz femenina, conminaba:

—Suelta el arma o tendré que disparar.

Lorraine contuvo la respiración manteniéndose alerta a una posible rebeldía del forajido. Se había descalzado para poder llegar sigilosamente hasta donde se hallaba Lorne.

Éste tardó unos segundos en obedecer.

Luego dejó escapar un suspiro y soltó la pistola.

También suspiró aliviada Lorraine por no verse obligada a disparar y transcurridos unos segundos, llamó:

—¡Tengo al tercero, Booth!

El joven abandonó la protección del coche y avanzó sin guardar la pistola. Se aproximó a los dos hombres que había derribado con sus certeros disparos y los examinó. Comprobó que uno estaba muerto y el otro gravemente herido.

Sólo entonces fue junto a Lorne y la chica.

Obligó al delincuente a darle la espalda y mientras procedía a ponerle las esposas, sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Buen trabajo, encanto.

—La idea de situarnos a ambos lados de la salida fue tuya.

—Pero has demostrado una sangre fría envidiable. Ella esbozó una sonrisa.

—Somos entrenados...

—Ya lo sé —la interrumpió Booth levantando la diestra—. Estoy enterado.

En eso se escucharon varias sirenas policiales aproximándose al lugar donde se encontraban. Booth compuso una mueca sarcástica y viendo a Lorraine recoger del suelo la cámara fotográfica, masculló:

—Estos malditos policías siempre llegan tarde a todas partes. Por eso se les adelanta con frecuencia la muerte. Como nos estaba ocurriendo a nosotros con los rateros.

Minutos más tarde, Lorraine, Mathews y Booth, se metían en

uno de los coches. La chica abrió la cámara y extrajo del interior un pequeño cartucho. Verificó atentamente que los precintos se hallaban intactos y levantó la cabeza mirando al capitán.

—Todo está en orden —dijo en tono grave—. Ya se puede detener a Geo Brandeis.

Eran las doce de la mañana del día siguiente.

Booth salió de la ducha con los pantalones del pijama como única prenda sobre el cuerpo. Bebió un vaso de jugo en el salón y acto seguido se dirigió al dormitorio.

Aún no había llegado a él cuando sonó el carrillón de la entrada. Presintió que se trataba de un inoportuno cobrador y puso cara de fastidio mascullando algo contra los tipos de aquella profesión.

Abrió la puerta bruscamente y parpadeó asombrado.

En el hueco estaba Lorraine más bonita que nunca. Vestía un modelito que ponía de manifiesto la turgencia espléndida de su cuerpo juvenil.

Y viendo la sorpresa pintada en el rostro de él, sonrió.

—¿Has descansado bien, Booth?

—Regular —respondió el joven todavía sorprendido—. Hubiera preferido dormir unas cuantas horas más.

Hubo un corto silencio y lo rompió la chica haciendo un mohín:

—¿Vas a dejarme en el pasillo? Recuerdo que en cierto momento me invitaste a este apartamento.

—Pero tú dijiste que no eras una chica de ideas tan avanzadas. Ella lo miró al fondo de los ojos.

—Toda persona tiene derecho a cambiar de opinión.

—Eso es verdad.

Booth se hizo a un lado y la dejó entrar en su apartamento. Luego cerró la puerta y apoyando la espalda en ella repasó con la vista el cuerpo escultural de Lorraine.

La muchacha se giró, preguntando:

—¿Te extraña mi visita, Booth?

—Hasta cierto punto —replicó él, recuperado ya su habitual aplomo—. Algunas mujeres han dicho de mí que soy un bruto con gancho para las muchachas.

—En cierto modo es verdad. Pero yo estoy aquí para cobrar una deuda que tenemos pendiente.

Booth la miró socarrón.

—¿Te refieres al beso que te robé?

—Tienes buena memoria, cariño.

El joven entornó los ojos y la miró ladeando la cabeza.

—Sabes a lo que te expones, ¿no?

Lorraine se acercó a él sonriendo extrañamente.

—Eres tú quien corre peligro, cariño.

Sus cuerpos estaban muy cerca el uno del otro.

Los labios de la muchacha se ofrecieron trémulos. Segundos después se estaban besando llenos de pasión. Y Lorraine puso tanto calor en la caricia, que Booth no tardó en comprender lo que ella había querido decir.

¡Estaba cazado para siempre!

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

